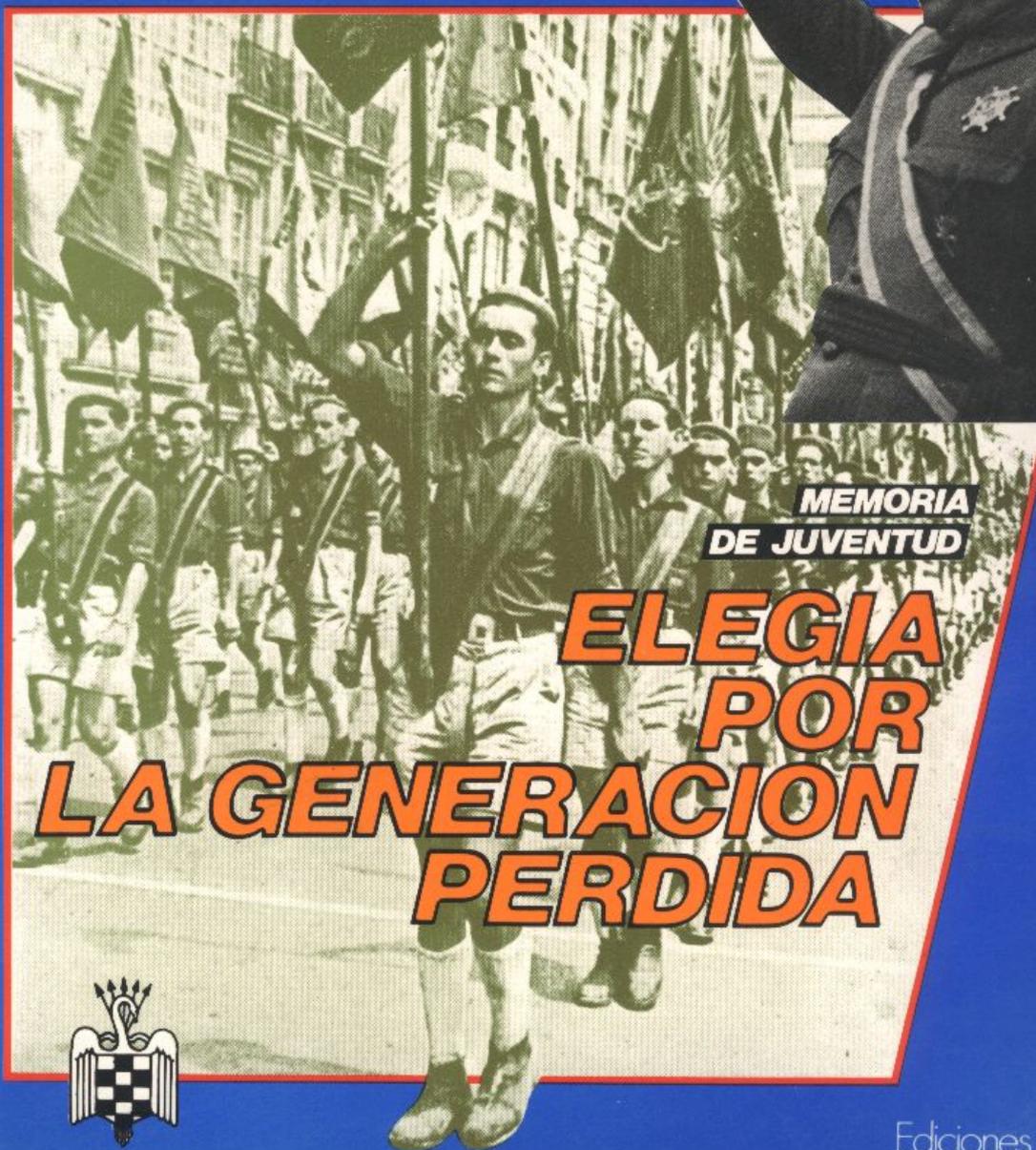


**Antonio Izquierdo  
Juan Blanco**



**MEMORIA  
DE JUVENTUD**

**ELEGIA  
POR  
LA GENERACION  
PERDIDA**



Ediciones Dyrso

Antonio Izquierdo  
Juan Blanco

# ELEGÍA POR LA GENERACIÓN PERDIDA

Madrid, junio 1985

Ediciones Dyrsa  
Primera edición: junio 1985

JOSÉ ANTONIO Y FRANCO, DOS NOMBRES PARA UNA GENERACIÓN.....	6
INTRODUCCIÓN. LAS ESCASAS PRETENSIONES DE UN LIBRO .....	7
1. CIEN CHICOS Y UN JEFE.....	13
2. CANCIONES PARA LA PAZ DE LA VICTORIA .....	16
3. CUANDO NO EXISTÍAN PANDILLAS, SINO ESCUADRAS. ....	22
4. LA PAELLA O EL ARTE DE ABORRECER EL ARROZ. ....	25
5. COVALEDA: UN LUGAR EN EL RASO DE LA NAVA (I). ....	29
6. FORJA DE HOMBRES (II). ....	38
7. UN DESTINO: OBEDECER Y MANDAR (Y III). ....	46
8. LA MARCHA POR ETAPAS.....	50
9. LA MARCHA POR ETAPAS (Y II). ....	57
10. LA FE TE MOVÍA EN LAS MONTAÑAS (I). ....	64
11. UNA FORMA DE CONDUCTA MORAL (Y II).....	71
12. PRÉT-Á-PORTER INIGUALABLE (I). ....	79
13. PRÉT-Á-PORTER INIGUALABLE (Y II). ....	84
14. LA CRUZ DE LOS CAÍDOS.....	87
15. UN MITO DE ALTURA: LOS MONTAÑEROS.....	92
16. CUANDO EL 20-N ERA EL DÍA DEL DOLOR .....	97
17. UN ENCUENTRO FAMILIAR: FRANCO Y LA JUVENTUD.....	99
18. UN MÁSTIL VARADO.....	107
19. LICENCIAMIENTO FORZOSO (I).....	111
20. MIGUEL ÁLVAREZ, UN SÍMBOLO OLVIDADO (Y II). ....	115

A ti, muchacho:

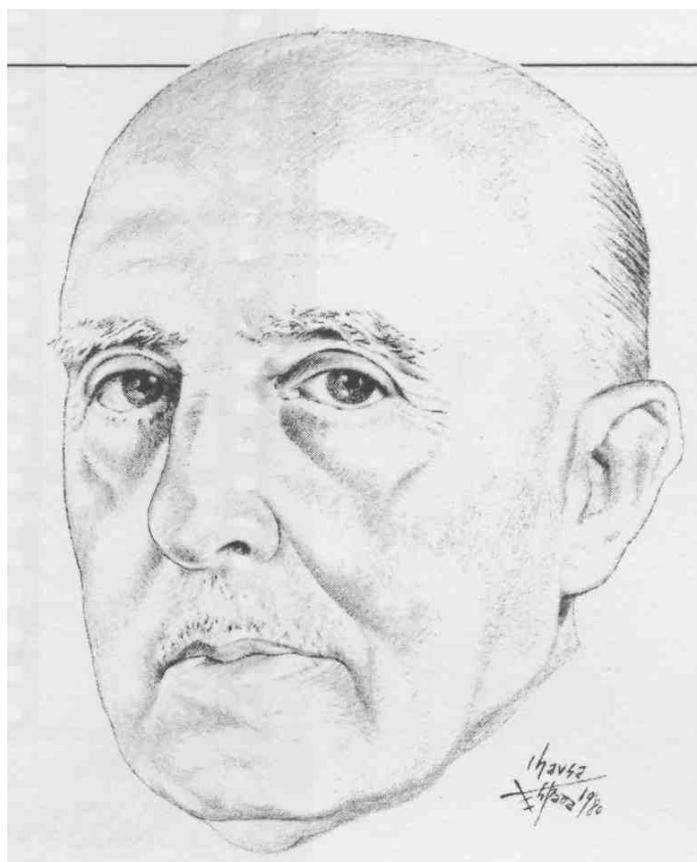
En el Año Internacional de la Juventud, con el profundo deseo de que el ímpetu fresco de tu mocedad vuelva a ser el inacabable manantial donde fecunden la Patria, el Pan y la Justicia.

\* \* \*

A ti, viejo camarada:

Con el deseo de que esta sencilla evocación no te sirva de nostalgia, sino de estímulo para seguir en la idea de vivir y morir por España. No importa dónde estés. Nosotros te saludamos recogiendo del aire puro de ayer el respeto y el afecto para hoy.

Los autores



## José Antonio y Franco, dos nombres para una generación

LOS hombres: José Antonio Primo de Rivera y Francisco Franco Bahamonde; fundador de Falange Española, el primero; Caudillo de España, el segundo, movilizaron, uno muerto, otro vivo, la ilusión colectiva de gran parte de la juventud de nuestro tiempo.

El pensamiento político de José Antonio, tan fragante y actual hoy como en los días de su predicación, y la rectoría ejemplarísima, heroica, paciente, abnegada y constante de Francisco Franco cautivaron nuestros sueños y nos pusieron en marcha en busca de un tiempo mejor. Nadie nos ofreció la paz; pero, en cambio, nos incitaron a la gloria.

De no existir otras razones para identificar en una común empresa a estas colosales figuras de la Historia Contemporánea Española, bastaría esa de haber prestado impulso a esa generación de hombres jóvenes que se mantuvo con estricta fidelidad a lo que le enseñaron, y que, salvo las lógicas y hasta legítimas decepciones, permanecen, en plena madurez vigorosa, con el mismo talante resuelto para contemplar —los ojos abiertos, tensos de brazo y corazón — a España como unidad de destino, como hogar fraterno, como comunidad de justicia, como empresa trascendente en la que hay que aceptar la historia toda: la pasada, la presente y la futura.

No necesitan, en estas horas, de nuestro homenaje quienes fueron destinatarios permanentes de nuestras conductas y hasta de nuestras oraciones. Frente a los que han intentado inútilmente fracturar esa conexión, que se funde y unifica para la eternidad en la fecha del 20 de Noviembre de cada año, nosotros evocamos sus memorias y no renunciamos a sus mandatos. Fuimos y somos falangistas. Probablemente, en el Frente de Juventudes, en las Falanges Juveniles de Franco se dio, como en ningún otro tiempo, ese modo de ser, ese estilo que José Antonio exigió para quienes le siguieran. O, lo que es igual: allí se conoció una Falange Española íntegra, joven, fervorosa y entusiasta, fecundada por la sangre de quienes hicieron posible nuestra paz.

## Introducción. Las escasas pretensiones de un libro

ESTE libro no ha pretendido ser, en ningún caso, una historia del Frente de Juventudes. Se ha pretendido sólo trazar, con el documento gráfico y el apunte literario, la semblanza de un tiempo resueltamente lejano e irrepetible. En cierto modo, cuando nos dispusimos a revisar archivos gráficos (profesionales de primera magnitud, unos —entre ellos, el de Poveda, el infatigable y espléndido reportero que, muchas veces con el mismo atuendo juvenil que los demás, acompañaba marchas volantes, campamentos o concentraciones, con su cámara a cuestas—; privados, otros; como el que nos ofreció José Manuel Menoyo, tan entrañablemente vinculado a la organización juvenil) nos proponíamos, simplemente, eso: construir el álbum de las tres promociones de españoles que integran la generación intermedia o la generación perdida, como en algunas ocasiones se le ha denominado: revisar millares de fotos y elegir las mejores por su significación, por su plasticidad, por su espontaneidad o porque reflejasen, de forma inequívoca, el talante de una organización como aquella del Frente de Juventudes, que se convirtió en la gigantesca ejecución de un proyecto de convivencia pacífica, sin distinción de clases, grupos ni castas, movilizado al conjuro de dos nombres épicos —José Antonio y Francisco Franco— con la ilusión de construir una España engrandecida, libre y dueña de sus destinos, sobre la base de una revolución social, planificadora y firme, capaz de depararnos unos siglos de prosperidad.

Esa era, como digo, la intención; pero, forzosamente, y aun dando por válido el proverbio de que una imagen vale mil palabras, había que coadyuvar a la expresividad de la fotografía con la remembranza, o, si queréis, con el eco humano de aquel tiempo. Eso explica que a la imagen se haya unido la palabra. Eso explica, a su vez, que la palabra llegue desnuda: sin el menor empacho literario.

En el Frente de Juventudes desembocó la Organización Juvenil que había ido naciendo y creciendo a lo largo de la Cruzada de Liberación en la España Nacional, al calor de la Falange combatiente, de las Banderas y los Tercios que sembraban en la retaguardia, con su ejemplaridad, la cosecha para una profunda renovación de nuestro pueblo. La Organización Juvenil nació espontáneamente, y alcanzó su cénit, como recuerda José de Arriaca en su «Cancionero de Juventudes» (Editorial Doncel), tanto en su volumen como marcando la norma de unidad indivisible, tan necesaria, en la grandiosa concentración del 29 de octubre de 1939, en Madrid, con una participación de 40.000 afiliados.

Me relataba Rafael García Serrano cómo, pocos meses antes, llegada la paz, se desplazaron a Burgos, para entrevistarse con el Caudillo, Enrique Álvarez Soto-mayor (verdadero inspirador de la creación del Frente de Juventudes, que moriría heroicamente en Rusia, combatiendo con la División Azul), Carlos Juan Ruiz de la Fuente y el periodista Alberto Crespo. Los tres hicieron una detallada exposición de la idea ante el Generalísimo, que se interesó profundamente por el proyecto, aunque, probablemente, no calara en el significado último que se proponían los tres jóvenes que le visitaban, curtidos desde los años fundacionales en la gloriosa aventura de Falange Española. Franco contemplaba a la juventud desde otras perspectivas, y su preocupación máxima era establecer un punto de referencia con su personal etapa de educador en la Academia General Militar, de Zaragoza. Lo cierto, sin embargo, es que la Organización Juvenil, sin solución de continuidad, quedó inmersa en la operación que se propuso la Ley de 6 de diciembre de 1940, por la que se creaba el Frente de Juventudes, al que Franco pronto declarararía, con certera visión, como «la obra predilecta del régimen». La transición entre las 00.JJ. y el Frente de Juventudes no registró graves problemas, de donde se deduce fácilmente que, si bien la normativa legal abría un cauce inesperado y enormes posibilidades al empeño, el contingente humano se daba por hecho...

El Caudillo había enviado a Sevilla, como Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, a José Antonio Elola-Olaso Indicaíz, que iba a convertirse en el máximo artífice de la proyectada empresa. Elola-Olaso Indicaíz había nacido en Argentina; hijo de españoles, vascos, como sus apellidos indican, y había vuelto a España con antelación a la contienda civil. Residía en San Sebastián, y no tuvo una actividad señalada hasta que se produjo el Alzamiento del 18 de Julio de 1936. Formó parte, como voluntario, de la Columna Sagardía, y quedó incorporado a la Falange Española y, con el la, al Movimiento, por una resuelta convicción política. Su primer cargo fue de Gobernador o Jefe Provincial del Movimiento —permítaseme que en esto mantenga la duda, porque no he tenido la posibilidad de confirmar el dato con la necesaria autenticidad—, y desde allí fue designado, como digo, Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento de Sevilla. En diciembre de 1940 el Ministro Secretario General del Movimiento presentó al Jefe Nacional el nombre de José Antonio Elola-Olaso para ocupar la Delegación Nacional del Frente de Juventudes. Tenía treinta años y unas características tan singulares de humanidad y autoridad a un mismo tiempo, de templanza y energía, que le hacían indiscutible para la gigantesca operación política que se le encomendaba.

No existió la menor duda: entre 1940 y 1955, que es el tiempo que abarcan estos documentos y recuerdos, José Antonio Elola-Olaso fue el gran patrón de la juventud española. Su cese, en 1955, dejó huérfana a la institución, que no tuvo demasiada suerte con los sucesores, entre otras razones, porque los sucesores tenían que enfrentarse con la tarea de reprimir —lamento utilizar este sustantivo, pero fue así— la fervorosa rebeldía de los grupos juveniles, descontentos con el cariz y el rumbo que tomaba la política española, y adaptar la organización a los vientos que dictaba la tecnocracia. Elola-Olaso fue después Delegado Nacional de Deportes, pero su nombre va unido al paisaje espiritual de quienes pertenecieron a esas promociones a que alude este libro. Llegó a contemplar el inicio de la transición política, o, lo que es igual, el derrumbamiento del Sistema por el que tanto había trabajado... El 24 de abril de 1976 falleció en Madrid. Le acompañaron los hombres de «su» Frente de Juventudes, para quienes el nombre de Elola iba unido a la niñez, a la adolescencia, a los años jóvenes... Puso en pie de ilusión, de lealtad y de generosidad a las mocedades que amanecían sobre un montón de ruinas y desolaciones, de lágrimas y lutos. Pasó por la política con luz propia. Y cuando abandonó la tarea pública volvió, en elocuente silencio, al ejercicio de su profesión de abogado, que mantuvo hasta el último momento.

Desde la hora de la fundación, Elola-Olaso contó con valiosísimas colaboraciones: Alfonso Pérez-Viñeta, que moriría poco después que el primer Delegado Nacional, retirado del Ejército tras haber ostentado como último puesto de servicio la Capitanía General de Cataluña. Pérez-Viñeta era otra figura popularísima y entrañable. Por su condición profesional, marcaba uno de los aspectos fundamentales de la formación integral que se pretendía dar a los jóvenes. Otro colaborador inmediato de Elola-Olaso fue Alberto Fernández Galar, primer Ayudante Nacional para las Falanges Juveniles de Franco, que tuvo en su haber la organización de los campamentos nacionales de Mandos para la formación de jefes de centuria, y que dirigió, personalmente, el más popular de la época: el que llevó por nombre el nombre del Rey Sancho el Fuerte. Otros muchos nombres de la primera hora: Rafael García Serrano, que, por su vocación de escritor y periodista, declinó la Jefatura Nacional del SEU, fue Jefe Nacional de Prensa y Propaganda del Frente de Juventudes; Eugenio Lostau, que organizó la Delegación Provincia/ de Madrid; Villegas, «el viejo», el entrañable Villegas; como Ricardo Ángulo, que compartió la Ayudantía Nacional con la Delegación en la capital de España; Jorge Jordana de Pozas Fuentes, Antonio Castro Villacañas, y aquel primer director de la Academia Nacional de Mandos «José Antonio», Alberto Aníbal Álvarez, como tantos y tantos otros cuya enumeración resulta literalmente imposible en este breve introito, aunque no tanto como para olvidar que la Asesoría Nacional de Formación Religiosa y Moral la ostentaba, nada menos, que el doctor Eijo Garay, Obispo de Madrid-Alcalá y Patriarca de las Indias Occidentales —tales eran sus títulos en la época—, que contó con la Compañía de Jesús, con la Orden de Predicadores y con el propio clero secular para tan laboriosa empresa.

Lo religioso y lo espiritual; lo político y lo militar, como la educación física, el deporte, el arte y la cultura, constituían los manantiales de que se alimentaría aquel tropel de centurias surgidas por todas las regiones y provincias. Se trataba de crear un hombre nuevo, un español sin complejos, orgulloso de su estirpe, de la historia de su pueblo, con un sentido revolucionario para la justicia social y una capacidad dialogante y abierta para la convivencia. En buena parte se consiguió, y por eso, sobre los hombros de la generación intermedia, hoy encumbrada en la linde de la vejez, los más veteranos, y en la plenitud de la madurez, los más jóvenes, descansan todavía las virtudes tradicionales que dieron a nuestro pueblo, a nuestra España, una imagen distinta y mejor durante tantos y tantos años.

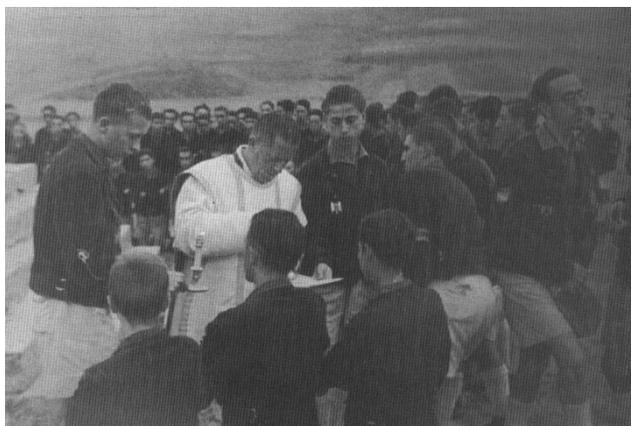
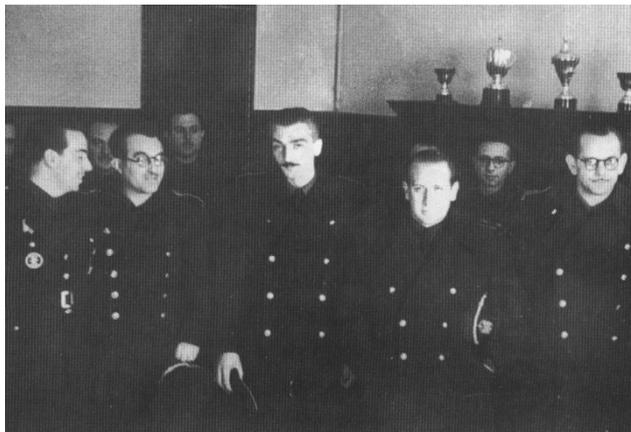
Planificar el sistema formativo no era fácil: de hecho, el Frente de Juventudes agrupaba a toda la juventud española a través de las secciones de Centros de Enseñanza, de Trabajo y de Rurales, pero la verdadera avanzada militante la constituyeron siempre las Falanges Juveniles de Franco, en las que se ingresaba con riguroso carácter voluntario, y con la misma libertad con que se podían abandonar. La Academia Nacional de Mandos «José Antonio», inaugurada al inicio de los cuarenta (Franco la visitaría en el otoño de 1944), dio espléndidas promociones de Oficiales Instructores, que se entregaron con una pasión, digna de su empresa, a moldear el espíritu y el temple de los nuevos españoles.

Encontrará el lector, páginas adelante, algunas explicaciones referidas al sistema específico de formación de mandos en las Falanges Juveniles de Franco, pero nunca se podrá olvidar a aquellos hombres, a los que se exigía un internado de tres años, tras haber superado los estudios de Enseñanza Media, y a los que, con posterioridad, se les exigió también el simultanear los estudios propios del internado, en el edificio de la calle Mantuano, de Madrid (edificio ocupado hoy por no sé qué tropa de evasores y pasotas), con las enseñanzas que se impartían en las facultades de la Universidad Central. La mayoría tendrán en sus casas, junto a sus títulos de oficiales instructores, los de licenciados en Derecho o en Ciencias Políticas y Económicas o en Filosofía y Letras... Tal vez fueron los más sacrificados, y no resulta extraño, al cabo del tiempo, que algunos de ellos militen ahora en ideologías opuestas o contradictorias con las que asumieron e impartieron durante muchos años de sus vidas. Otros se mantienen firmes, leales, silenciosos: soportando una especie de exilio funcional en oscuros servicios de la Administración Pública. Tuve siempre un enorme respeto por estos hombres, en los que también se daban representantes de distintas generaciones: la fundadora, la procedente de los campamentos de Mandos del

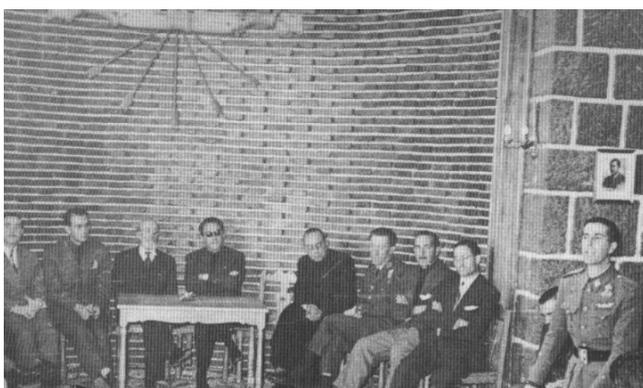
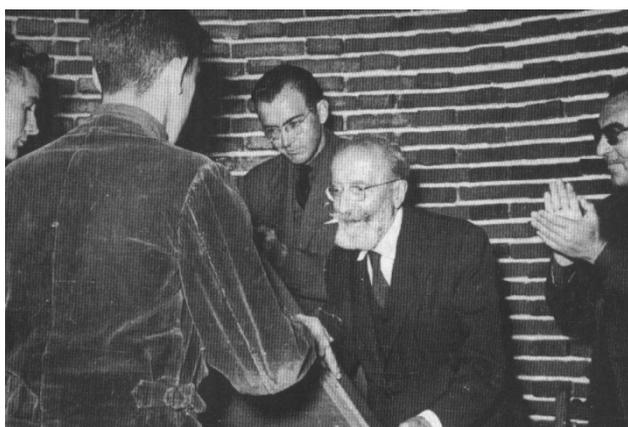
Frente de Juventudes, y las más jóvenes que asistieron a la transformación del centro, cuando finalizaban los años cincuenta, en Escuela de Magisterio, especializada en la enseñanza del profesorado de Educación Física.

Las Falanges Juveniles de Franco fueron reciamente joseantonianas y, lógicamente, franquistas, aunque, como sucede entre padres e hijos, no siempre estuvieran de acuerdo los muchachos con las decisiones del hombre que les regía y que había volcado gran parte de su preocupación por la juventud en aquella voluntariosa avanzadilla del Frente de Juventudes. Ese análisis se escapa, sin embargo, a la intención de este libro, al que invito a los lectores a seguir sin otro ánimo que el de la curiosidad, porque nada grande se descubre en él: imágenes y palabras tienen, como he dicho, un solo destino: la evocación, la remembranza, la nostalgia, si se quiere; pero también el remover en el ingente acervo de los recuerdos acumulados, aquella vivencia para defenderla, cuando menos, frente a la planificación rigurosa de la perversión juvenil en que hoy parecen ejercitarse muchos de nuestros hombres públicos.





ELEGÍA POR LA GENERACIÓN PERDIDA





## 1. Cien chicos y un jefe.

Centurias juveniles

brote nuevo de la España Imperial,

cadetes de Falange

mensajeros del trabajo y de la paz.

LES llamábamos Centurias, pero no conocí jamás una que encuadrara a cien muchachos. Más o menos, sí; pero ese número redondo, orondo, que inventaron los romanos para azote del mundo conocido y asombro de las generaciones venideras, incapaces de jugar con los números pero sí de trocar los nombres de los manípulos, cohortes, centurias, y legiones por escuadras, secciones, compañías, batallones, regimientos y divisiones. Tonterías, César hubiera maniobrado con los Ejércitos napoleónicos con más acierto y gracia aun que Napoleón Bonaparte. Pero aquí nos tienen, preocupados por los proyectiles cohete de carga atómica cuando seguimos contando las bajas de una batalla como en tiempos de Chindasvinto. En fin, que había Centurias de ochenta y noventa chicos, flechas, cadetes o guías, o de 120 ó 130 y aun más, como aquella que conocí en Valencia, la «Pepe Abad», que mandaba un tal Vega, y que cada vez que formaba parecía la hora del recreo en el colegio de los Padres Dominicos.

Era curioso ver cómo se creaba de la nada una Centuria. El nuevo jefe solía ser un titulado del Campamento Nacional de Covalada, donde había conseguido las tres flechas en plata que se colocaban debajo del bolsillo derecho de la camisa azul, en donde campeaba el cisne ajedrezado. Los que no habíamos pasado por Covalada llevábamos las flechas correspondientes: una si éramos jefe de Escuadra; dos, de Falange, y tres, de Centuria, encima del cisne, y sanseacabó; aunque hay que reconocer que llevarlas debajo hacía el pie más pequeño. Debían ser cosas de la edad. Pero, ¡menudo postín aquello de proceder de Covalada!, sólo comparable a pertenecer a una centuria de montañeros. Bueno, pues ya tenemos al que será el jefe de la Centuria buscando entre los camaradas de otras centurias sus futuros subjefe y jefes de Falange. Ya los tiene. Ahora, a encontrar un nombre que distinga a la nueva unidad y sirva de ejemplo y acicate a los nuevos afiliados. No es fácil, pues la larga nómina de batallas históricas y de personajes famosos está prácticamente registrada. Las primeras Centurias creadas han copado los mejores nombres, excepto el de José Antonio, que nadie, no sé por qué, reivindicó para una nueva unidad. Así, teníamos Centurias bautizadas con nombres de la historia reciente: División Azul, Belchite, Alcázar de Toledo, Santa María de la Cabeza, Cuartel de Simancas (siempre la admiración por el Ejército); Reyes Católicos, Navas de Tolosa, Gran Capitán, Carlos V, Cisneros, Lepanto y Cid Campeador, de nuestra mejor historia. (Ahora caigo que jamás conocí centuria alguna con nombre de la época de la dinastía borbónica o de hechos de su tiempo, como no sea la Gibraltar, como recuerdo perenne de la ofensa); General Moscardó, Capitán Cortés, Ruiz de Alda, Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma, Sotomayor, por los héroes militares y los Fundadores.

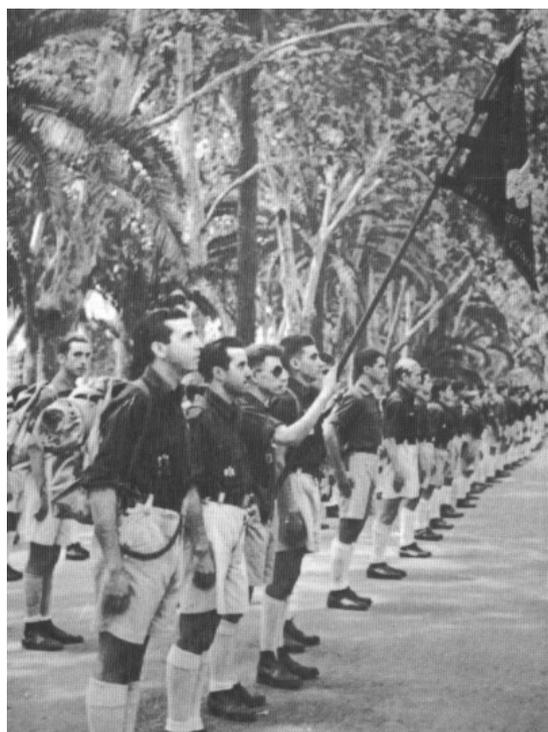
Aprobado el nombre, comenzaba el período de captación en los colegios, los centros de formación, los aprendices. Cursos de formación intensiva para los primeros nuevos afiliados, y de entre ellos se habilitaba a los jefes de escuadra, sobre quienes caía la obligación de completarla con sus amigos y conocidos. Algunos se agotaban al remontar las primeras dificultades y abandonaban, pero los más perseveraban, y era un gozo ver la cosecha de cada día, cuando a las siete de la tarde los catecúmenos eran presentados a los mandos de la Centuria y a los escuadristas que les precedieron. Se hacía una labor seria, tenaz, sin debilidades y, a los tres o cuatro meses, la nueva centuria, uniformada, comparecía en público con el guión al frente y el paso marcial. A partir de ese momento había que acreditar a la Centuria, darla a conocer entre las restantes de la ciudad, de la provincia y aun de España si se trabajaba fuerte y no se desfallecía jamás, porque la competencia era increíble. Se formaban expertos en periódicos a «ciclostil» y en murales, en premilitar, en formación política, en marchas y montañismo, en fuego de campamento, en los diversos deportes, en coros, en armónicas, en rondallas, en atletismo. Había concursos nacionales de todo y para todo, y qué honor conquistar para la provincia el trofeo nacional que entregaba Franco en el Palacio de El Pardo.

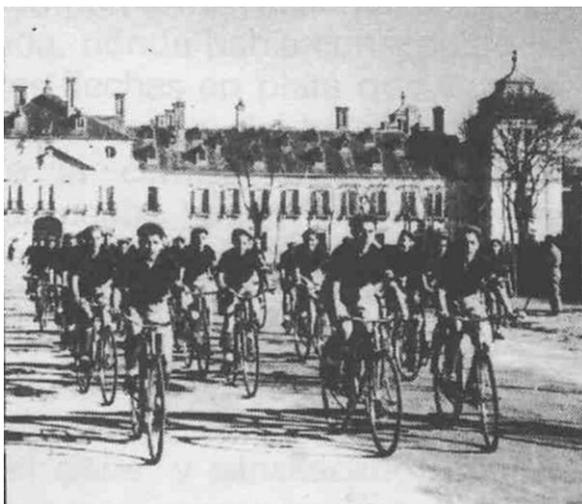
No se me ha olvidado el nombre de mi primer jefe de Centuria, Jesús Bonet Halcón, como creo que no se le habrá olvidado a joven alguno de mi generación. No sé por dónde para, ni qué hace; pero sí el segundo, Vicente Ventura Beltrán, falangista ejemplar, cuyos modestos ingresos provenían de la Provincial, y que después, cuando el Régimen hacía agua, se pasó al moro socialcomunista con ribetes catalanistas. ¡Que Dios le perdone el desaguisado y el chaquetazo! Es claro que también recuerdo a otros muchos que perseveraron o chaquetearon, como Fernandito García Lahiguera, fascista feroz más que falangista, entonces, y demócrata de toda la vida, ahora, tras su paso por las filas escuálidas y resentidas de Dionisio

Ridruejo. Aquella era otra época, más limpia, más apasionada, porque teníamos una fe ciega en España, su Ejército y el futuro. Después vendrían otros a estropearlo.

No creo que se pueda inventar un instrumento tan perfecto para la formación juvenil que la centuria, lejos de la blandenguería de los niños del sombrero canadiense, herederos del «humanismo» masónico, y los cuellotorcidos hombrecitos de la Acción Católica, que dieron en comunistas de sacristía o en trepadores de la política. Gracias a esta organización premilitar de voluntarios repleta de quijotes de calzón corto se salvó toda una generación, hija de la guerra civil. Parece imposible, pero es cierto: una guerra de tres años, una larguísima posguerra, agravada su pobreza por la guerra mundial, y el menor índice de delincuencia infantil del mundo.

Desafío a quien no lo crea a un partido de ping-pong, juego aprendido en mi centuria, para demostrárselo.





## 2 Canciones para la Paz de la Victoria

Juventudes con ansias de glorias  
que promete la España Imperial;  
al ser hijos de guerra y victoria,  
surgen alas de fuego en la paz.

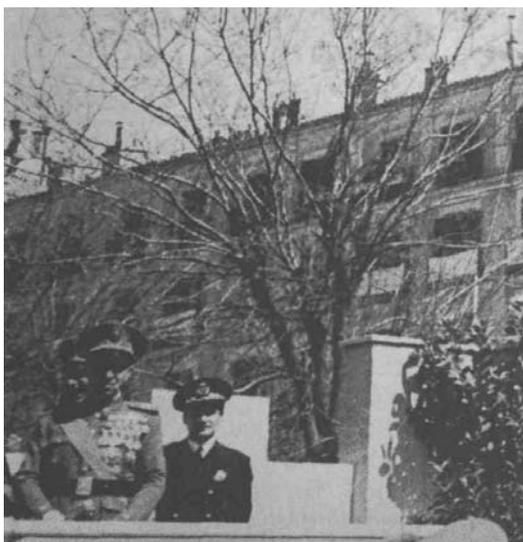
MADRID, en su eje Norte-Sur, se iniciaba, ai mediar los cuarenta, en los altos del «Hipódromo» o «Nuevos Ministerios». Discurría luego, vaguada abajo, a través de los paseos de la Castellana, de Recoletos y del Prado, y terminaba en la estación de Atocha. La Avenida del Generalísimo no existía, y Franco tuvo la serenidad histórica necesaria para suprimir ese nombre impuesto sobre el tradicional Paseo de la Castellana por oficiosidad de los primeros ediles de turno. En el «Hipódromo» aprendíamos a montar en bicicleta y a patinar los niños de la época sin mayores riesgos, porque la circulación rodada era escasa y *rara avis* perturbaba el recreo popularísimo de las tardes escolares; pero aquel lugar de la ciudad, aquellos desmontes darían paso al eje de la Avenida del Generalísimo, al «Gran Madrid».

El «Gran Madrid» fue el más ambicioso proyecto urbano con que la pobretona España de los cuarenta contemplaba el futuro prometido de los años sesenta. Entonces, ya lo he dicho, eran sólo unos desmontes a través de los cuales ascendía la carretera de Francia que cruzaba los pueblos de Chamartín y Fuencarral para darse de bruces con el paisaje serrano. En aquellos desmontes sucedía, una vez al año, algo insólito para la febril imaginación de los niños que éramos: unidades militares acorazadas, mecanizadas, de transporte o de transmisiones empezaban a llegar para el gran zafarrancho de la víspera del Desfile de la Victoria. El «Hipódromo» quedaba exento de ciclistas y de patinadores. Niños y adolescentes formábamos corros en torno a las máquinas de guerra, que ya llevaban cinco años en paz, sometidas a una inevitable holganza cuartelera. El espectáculo era fascinante, y poco a poco, antes de que cayera la tarde, los tanques, los cañones, los vehículos habían adquirido la brillantez de la nueva pintura, del lavado minucioso, de la puesta a punto para la gran jornada del día siguiente. Fue Vizcaíno Casas quien, en sus espléndidas evocaciones de esa década, aludió a lo que los desfiles de la Victoria tenían de gran festejo popular. Es cierto de todo punto, porque la jornada castrense no conocía de politización alguna y, en cambio, podía constituir por aquellos años un gran espectáculo anual. En aquel tiempo la ceremonia duraba toda la mañana, porque Francisco Franco revistaba personalmente las unidades. El desfile era más numeroso en efectivos humanos que en máquinas bélicas, y se prolongaba hasta primeras horas de la tarde. Detrás de la tropa, detrás del magnífico Ejército de la Victoria, aquel Ejército que, por entonces, Carrero vio en sueños destruido, desfilaban las unidades del Frente de Juventudes. La reserva humana, el relevo.

Desfilaba la canción, y conste que no es una frase literaria, porque el 1 de Abril de cada año el Frente de Juventudes, o mejor aún, las Falanges Juveniles de Franco, no celebraban el Día de la Victoria, sino el Día de la Canción, y no había calle, pueblo, ciudad o capital que desde primeras horas de la mañana no contemplase el paso confiado y alegre de estos muchachos, o no escuchase los hermosos y bellísimos versos de su cancionero. Músicos y poetas aportaron su creatividad para este fin tan alentador: Torroba, Rodrigo, Franco Manera, entre los primeros; como Pemán, Enrique Llovet o Giménez-Caballero, entre los segundos, ofrecieron una espléndida intendencia de claves musicales y endecasílabos para la esperanza... En Europa sonaban aún, beligerantes, los disparos de la contienda, y en España sangraban todavía las heridas y no había terminado de disiparse la que aquí padecimos. Los chiquillos mirábamos absortos a los jóvenes adolescentes y aspirábamos, en el arcano de nuestras rapadas cabezas, a poder formar un día, prietas las filas, en estas compactas unidades que merecían el beneplácito y la sonrisa humanísima de Francisco Franco, aquel joven Caudillo que veía crecer a su pueblo y era capaz, a un mismo tiempo, de resistir el sueño amigo y el acecho enemigo.

Estas viejas imágenes tienen cuarenta y tantos años de vida. Son el testimonio de las primeras promociones nacidas bajo la planificación apasionada de aquel hombre bueno, inteligente y severo que se llamó José Antonio Elola; al frente de ellas desfilaban quienes habían obtenido títulos de mando en los legendarios campamentos de «Sancho el Fuerte», «Emperador Carlos», «Ordoño II»... o en otras promociones de las que, inicialmente, se nutrieron las Centurias que nacían por toda la orografía española. En 1945 desfiló por última vez el Frente de Juventudes en la conmemoración de la Victoria. Los que formamos la segunda promoción no llegamos a marcar el paso por esta hermosa vaguada madrileña: la formidable maniobra del Generalísimo, para evitarle a España quebraderos de cabeza a costa de las potencias vencedoras, obligó a retirar de la magna celebración, que contemplaban todas las representaciones diplomáticas acreditadas en Madrid, el alegre paso juvenil. La Segunda Guerra Mundial

había concluido. Había sonado trágico el tiro de la Cancillería de Berlín y, aún a oscuras, a Europa le marcaban el rumbo futuro los norteamericanos y los soviéticos en Yalta. La sombra de Yalta, tan alargada como la inicua sombra de los patíbulos de Nuremberg, no había oscurecido aún el sol primaveral de España.





ELEGÍA POR LA GENERACIÓN PERDIDA



ELEGÍA POR LA GENERACIÓN PERDIDA





### 3. Cuando no existían pandillas, sino escuadras.

Prietas las filas,  
recias, marciales,  
nuestras escuadras van  
cara al mañana  
que nos promete  
Patria, Justicia y Pan.

SEIS chicos idealistas, cinco camaradas de fila y un jefe: eso era la Escuadra en el estadillo de la Centuria, pero también la célula germinal de la Organización Juvenil y pieza, la más necesaria, en torno de la cual giraban todos los servicios del Frente de Juventudes. Las entidades mayores, la Falange y la Centuria, eran otra cosa en el terreno de lo meramente humano. Por ello, y aunque sus definidores no se lo hubieran propuesto al redactarlo, parecía estar dedicada a la Escuadra la definición de lo que debían ser las Falanges Juveniles de Franco: «Unidades formadas por camaradas seleccionados que voluntariamente se alisten para ello y elegidos entre los de mayor capacidad política, de servicio y de entusiasmo.» Con recordar que al camarada de filas se le denominaba escuadrista, huelgan más explicaciones.

Don Vicente Mortes Alfonso, ministro de Franco, que jamás ocultó sus orígenes familiares humildes, declaró un día en la prensa: «Cuando ingresé en el Frente de Juventudes y me puse la camisa azul me di cuenta de que todos los chicos éramos iguales.» Jamás escuché mejor definición del clima de convivencia en la organización juvenil. Sí, en la escuadra todos los chicos éramos iguales, en cualquiera de las escuadras de cualquiera de las centurias de cualquier delegación provincial: los ricos y los pobres, los estudiantes y los obreros o aprendices, los hijos de familias emperigotadas y los de apellidos plebeyos. Los chicos nos poníamos la camisa azul, las medias azules o blancas, el pantalón de dril y las botas claveteadas y todos resultábamos igualados por idéntico propósito de servicio y amor a España, aunque tampoco encontráramos diferencias, esta es la verdad, a la hora del paseo o en la reunión en casa de éste o aquél. Quien tenía dinero lo repartía con los demás en momento de necesidades; quien escondía en el fondo del «Celta» el buen chorizo de pueblo no dudaba ni un segundo en dar de comer al hambriento, y a quien le sobraba fortaleza portaba dos mochilas cuando flaqueaban las fuerzas del camarada más débil. Una escuadra perfecta era aquella cuyos escuadristas eran amigos y cantaradas dentro del hogar de la Centuria y amigos y camaradas fuera de él. Si los escuadristas casaban en todo momento y lugar, la Escuadra era ejemplar.

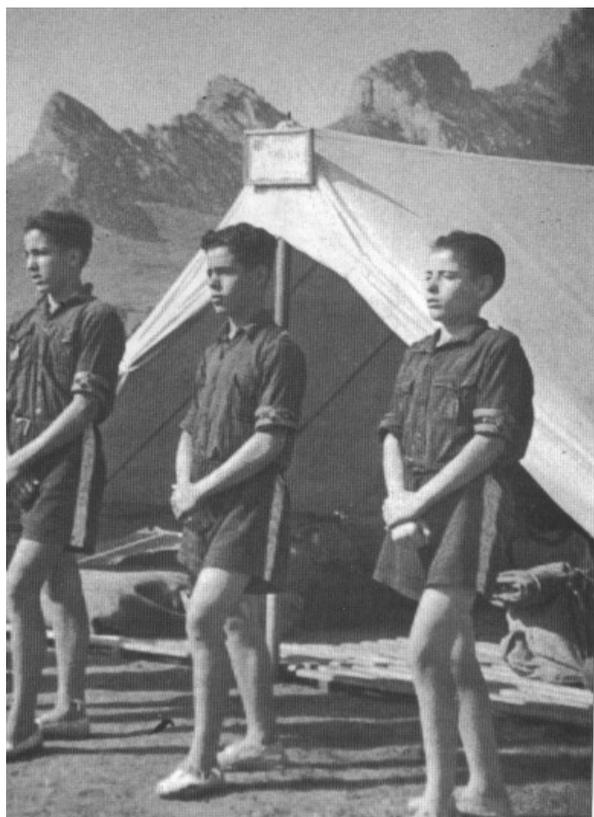
Lo corriente era que el que se apuntaba hubiera sido «captado» por el jefe de la Escuadra o uno de los escuadristas entre los de su entorno en el trabajo o el colegio para completar la Escuadra. Porque podía tolerarse que una Falange o una Centuria no llegaran al número de efectivos reglamentarios, pero jamás que una escuadra estuviera coja. Menudo follón si una escuadra contara con cinco miembros en una marcha, por ejemplo. Con seis capotes-poncho se levantaba una tienda de campaña. Con cinco, una casa sin puerta. Anécdotas aparte, la Escuadra era un buen invento y el jefe de Escuadra un mando democrático al que se obedecía porque sí, al igual que se obedecía, pero de otra manera más solemne, a los restantes mandos de la Centuria. Rara cosa para estos tiempos aquella disciplina asumida voluntariamente que servía de osamenta a las Falanges Juveniles de Franco.

Si la Escuadra era los cimientos, la Centuria era el edificio. La Escuadra formaba aislada a la puerta de su tienda en la revista, y constituía un grupo homogéneo en la prestación de servicios. Una falta cometida por uno de sus miembros era cuestión de disgusto para el resto, y un premio a un escuadrista era acogido como propio por todos ellos. Ya sé que los ejércitos cuentan con unidades similares por el número de sus integrantes, pero son distintas por razones de voluntariedad, selección interior, comunidad ideológica y aceptación de la disciplina.

Una Escuadra típica podía ser la unidad donde convivían sin distinción alguna el hijo de un oficinista, el hijo de un pequeño comerciante, el hijo de un abogado, el hijo de un obrero, el hijo de un médico y el hijo de un militar, por ejemplo. Algunas escuadras tenían mayor porcentaje de hijos de obreros, pero no hay duda alguna de que en las Falanges Juveniles de Franco fueron mayoría los chicos procedentes de familias de la clase media cuando no había alcanzado aún la amplitud conseguida en los últimos años del régimen de Franco. De ahí, que el Frente de Juventudes en general y las Falanges Juveniles de Franco en particular fueran el mayor y mejor empeño de convivencia intentado en España, y la organización por Escuadras el

más perfecto de los laboratorios. Lástima que no fuera entendido así. Nos hubiéramos evitado esta transición, este socialismo revanchista, este capitalismo feroz y lo que venga.





## 4. La paella o el arte de aborrecer el arroz.

Cuando vuelvas, camarada,  
no vuelvas a descansar,  
sino a cuidar la paella  
como el sol cuida el cristal.

EL asunto tendría gracia si es que hubiera tenido gracia en sus orígenes, pero enfrentarse con un saquillo de arroz, unos puñados de verdura y unos pedazos de carne, barata por supuesto, que el presupuesto no daba para esquisiteces y el hambre de la marcha no conocía pan duro, a una paella de limpio metal por dentro y de negro hollín por fuera, colocada sobre briosa hoguera, no era cosa de risa. Vamos a ver si nos centramos, en el buen sentido de la palabra: hemos andado una buena tira de kilómetros desde hora temprana, y el que más y el que menos tiene los pies doloridos, las espaldas molidas por las correas del «Celta», la garganta reseca o irritada por el frío o el calor de la mañana, depende de la estación, y el estómago como una jaula de gatos enloquecidos. El jefe de la unidad ordena el alto en un lugar ameno, e inmediatamente los jefes de escuadra imparten las órdenes:

—Juan, tú por leña, pero que sea seca, no vaya a estar como la última vez, que no había quien parara con el humo a diez kilómetros a la redonda.

—Vicente, a ti te toca limpiar la paella cuando terminemos.

—Pedro, rápido, a por agua a la fuente más próxima. La del riachuelo me huele a chamusquina.

—Luis hará la paella y Jerónimo será el pinche.

—Y a mí me toca lavar los cacharros comunes. Hoy comeremos paella y huevos fritos con patatas.

Virgen Santa la que se armaba en un periquete. Algunas escuadras hacían fantasías culinarias, otras se conformaban con las chuletas y unos huevos fritos o tortilla de patatas berroqueñas, y las más, hartas de hogueras, quemaduras, paellas, huevos fritos y fantasías culinarias, abrían unas latas de sabrosas sardinas en aceite y descansaban mientras los demás se afanan en el arte culinario.

Los más espabilados echaban mano del Manual de Marchas y Montañismo, una joya bibliográfica fechada en 1943, que hacía la publicación número 141 del Departamento de Publicaciones del Frente de Juventudes. Más no se puede decir en las 221 páginas del tomito de pastas azules con dibujos de Chuchi, y que igual servía para un barrido que para un fregado. A mí me ayudó mucho, en especial a la hora de la cocina, y, aunque siempre recalaba en la paella y los huevos fritos, daba gusto leer, enterarse cómo se hacían las alubias guisadas (para seis personas, claro está), las lentejas, el potaje de garbanzos y las patatas guisadas, pasando por el pescado frito, los filetes o chuletas fritas, receta ésta que comenzaba así: «Se tiene preparada la carne, bien aplastada con una piedra y su sal correspondiente»; la tortilla a la española, el café con leche y el chocolate. Una maravilla de Manual. Pero volvamos a la paella, puesta ya sobre la lumbre de un hornillo de piedra, un hornillo de fortuna o un hornillo en cruz, que había que saber latín para que la fogata ardiera según las normas de seguridad y efectividad.

La receta era más clara que el agua, claro está que luego venían el agua y el aceite, que dicen que nunca se mezclan y resultaba una amalgama de difícil digestión e indescifrable paladar: 75 gramos de aceite, 100 de cebollas, 750 de arroz, de agua un poco más del doble del volumen de arroz, tres dientes de ajo, un lata de medio kilo de pimientos, una lata de medio kilo de tomates, 250 gramos de escabeche o carne y veinte gramos de sal. Casi nada. Boina puesta, capada reglamentariamente, esto es de un mordisco, por si algún pelo pretendiera caer en la paella y a la faena, con el libro al alcance de la mano siempre. Que no había tomate, pues más pimiento; que no había pimiento, pues más tomate; que no había pimiento ni tomate, pues judías verdes, o acelgas o cualquier cosa verde, sin asas, desde luego, fácil de lograr.

—Oye, ¿y cuánto es 75 gramos de aceite?

—Mi madre dice que medio vaso y una chorrada.

—Pues no hay vaso. (Gritando) ¿Tiene alguien cantimplora con vaso?

Al final se sacaba de la aceitera el aceite a ojo y si hacía falta más se escurría un «Celta» de los más veteranos, y en cuanto la grasa vegetal flameaba señal inequívoca de que estaba bien caliente, se le apagaba. Se echaba en seguida un diente de ajo que en cuanto te descuidabas quedaba como el betún, lo

cual indicaba que había que volcar de golpe la cebolla, bien picada con el machete de quien tuviera machete, y en cuanto se carbonizaba, los dientes de ajo picados y el pimentón molido —¡se nos olvidó el pimentón!—, y el tomate, y el pimiento o lo que fuera y a darle vueltas un rato, a ojo de buen cubero, y la carne, ¿o se pone la carne después de dorar el arroz? Sea como fuera, de pronto se caía en la cuenta que los guisantes —¿ha traído alguien guisantes?— había que agregarlos antes que el agua y después del arroz y que a nadie se le había ocurrido comprar leguminosas tan perdigoneras y, si se habían comprado, el pinche se los había comido crudos, al igual que las habas. En fin, doble de agua y un poco más y a esperar el fenómeno de la evaporación.

Un éxito. Los seis miembros de la escuadra atacaban el engrudo antes de que transcurrieran los cinco minutos reglamentarios del reposo, y no quedaba ni un grano. Empeño mi palabra en que es cierto.



HORNILLO DE PIEDRA



HORNILLO EN CRUZ





HORNILLO DE FORTUNA

## 5. Covaleda: un lugar en el Raso de la Nava (I).

Covaleda, Covaleda:

¡quién pudiera siempre estar

con tus picos y montañas

de belleza sin igual!

NO corre el aire. La niebla se funde con la contaminación atmosférica y envuelve en grises oscuros a la ciudad, a la gigantesca y enorme ciudad cuatro veces millonaria en habitantes. Se circula deprisa por los 4.500 kilómetros que forman las calles y plazas del formidable laberinto urbano. Esos millones de seres que deambulan con urgencia, con miedos, sin conocerse, sin saludarse, son como cuatro millones de cautivos en un insolidario recinto sin salidas... No hay murallas, sin embargo; somos nosotros quienes nos fortificamos en nuestra intimidad, quienes nos insonorizamos frente al prójimo. Las ciudades son terribles, como este tiempo que discurre en su declinar histórico hacia una sima de la que algún día tendremos que evadirnos. Tengo que escribir. Evoco años lejanos, distintos, tiempo de mocedad, de ilusiones compartidas y comunes anhelos. ¡Queda todo tan lejos! ¡Resulta a veces tan arcaico, tan inaccesible!... Este pueblecito tenía, al inicio de la década de los cincuenta, 1.935 habitantes, 355 edificios destinados a viviendas y 45 a otros usos; hablo de edificios compactos, porque, diseminados, existían cuatro viviendas y 62 para otros fines y usos. Era un pueblo bien pavimentado y con una notable red subterránea de saneamientos. Una de aquellas tardes del verano de 1952 me dijo un vecino que en el archivo municipal se conservan documentos del siglo XIX. Documentos relativos al pinar que es bien de todos y patrimonio común para cuantos llegan al mundo en aquel bello paraje.

Nunca pudimos coincidir con las fiestas: las primeras el 1 6 de julio; el 10 de agosto las segundas. Las primeras nos cogían en pleno curso; para las segundas ya habría sido dislocado el campamento en su destino último. Tengo que completar mi recuerdo con estos dos datos esenciales para entender la vida amable, pacífica, sosegada de Covaleda: en materia de espectáculos existían dos posibilidades: un cine o la Sociedad Recreativa. Era, a simple vista, un pueblo determinado por el paisaje, por el pinar, por la reciedumbre castellana, donde no sucedía nada anormal y sucedían todas esas cosas normales que le dan a la existencia del hombre un sentido de naturalidad perfecto. Un día, años adelante, los vecinos erigieron e inauguraron un monumento a nuestra generación: ¿será posible?... El monumento sigue en pie: se ha librado de los jacobinos y los iconoclastas de esta hora desdichada.

Entre las mejoras que por aquellos años se señalaban con orgullo figuraban la Casa Consistorial, el matadero, la casa de Teléfonos y las obras de restauración de la iglesia. La dejaron como nueva. Dos fondas, tres escuelas de niños y tres escuelas de niñas, más dos de párvulos, definían el área educativa. Un médico, una comadrona, un veterinario y un farmacéutico cuidaban de la salubridad de los hombres, de las bestias, de las aguas, y un párroco alto, delgado, de tez morena y pulcra ropa talar, cuidaba de la salubridad de las almas.

Desde todas y cada una de las provincias de España llegaba, entre el 3 y el 5 de julio, algo más de un millar de muchachos cuyas edades oscilarían entre los 16 y los 20 años. Hice el viaje desde Madrid, con parada y fonda en Soria. A las siete de la mañana el frío era aún intenso. Llegamos en tren, y poco tiempo después alcanzaríamos el bello paraje —41 kilómetros de distancia entre la capital y el Raso de la Nava— en el alto valle del Duero, que allí tiene su nacimiento, junto a las mismas cumbres de los Picos de Urbión. Altas las cumbres, con medias de 1.800 a 2.000 metros, salpicadas de lagunas glaciares. Y, sobre todo, la enorme, la inmensa masa forestal, cuya suerte a estas horas desconozco, después de tantos y tantos incendios que han arrasado gran parte de ese patrimonio popular en toda España. El bosque cubría todo el territorio: pino albar, tocones y hayas, robles y encinas. La arboleda sólo desaparece a partir de los 2.000 metros, en los prados de altura, en las desnudas roquedades. El pueblo está en medio, con su típico caseño pinariego, buscando, escalonadamente, el valle del río Napaúl. Fuentes y arroyos interminables, risueños, cantarines, frescos... las fuentes del Pico, la del Merendero, las del Cubo y la Raíz, como las lagunas. Olor a bosque, olor a campo, a tierra, a naturaleza. Una fauna inofensiva, a pesar del lobo, del zorro, del jabalí, de la garduña. Un paraíso de ardillas y conejos como en las fábulas descritas por el hombre. Un paisaje inolvidable, un cielo azul purísimo, claro de día, reverberante de noche. Raso el campo, raso el cielo; sobre aquél, bajo éste, perfectamente alineadas en doce parcelas, las tiendas de campaña.

Un pórtico simbólico en piedra y un nombre esculpido sobre la roca viva: Campamento Nacional «Francisco Franco». Los doce campamentos cerrados sobre un punto equidistante, el gigantesco mástil, el más alto, acaso, de España, y al fondo, en las inmediaciones del primer brazal del Duero, alineadas, dos o

tres filas, las tiendas de mayor envergadura, correspondientes al equipo de mandos, profesores, jefes, capellanes y médicos.

Iba a comenzar el curso.

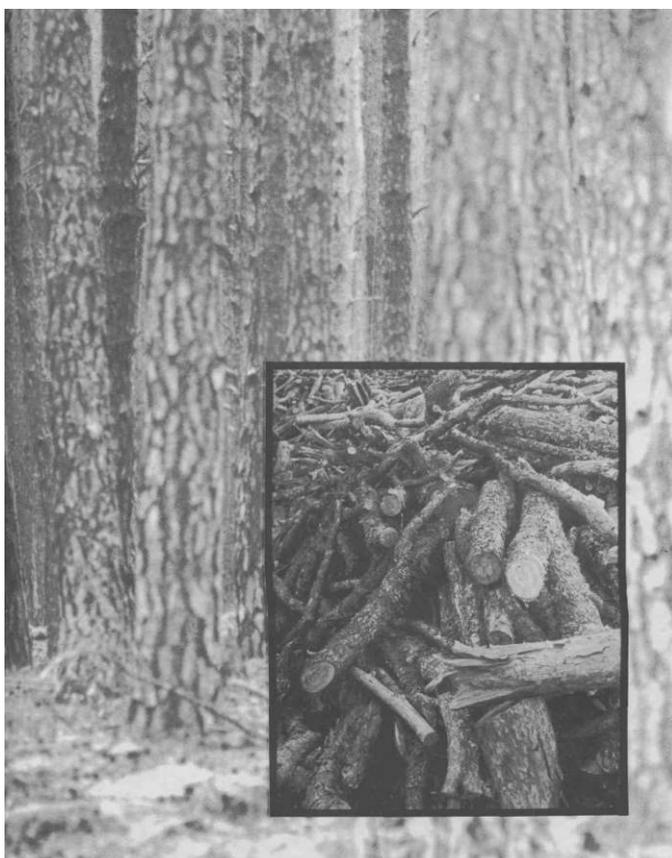
Iba a comenzar la reválida de un aprendizaje que se había iniciado en cada provincia para culminar en esta acampada que luego daría paso a la marcha por etapas. Dieciocho días de estudio, dos de exámenes y cinco de andadura, aproximadamente.

Todo funcionaba allí con una perfección milimétrica, absoluta, voluntariosa, disciplinada y alegre. Nunca supe quién escogió el Raso de la Nava, el pueblecito de Covaleda, para asentar en su territorio aquella gigantesca escuela de mandos. El hallazgo se atribuía a José Antonio Elola Olaso, quien tiene en estas evocaciones su propio capítulo y tratamiento, pero, fuera él u otro, eligió con tino y sensibilidad. Castilla contribuía, de una forma decisiva, a formar el alma española de aquellos muchachos de Andalucía o Cataluña, de Galicia o Valencia, de Extremadura o La Mancha... Iban a ser la flor y nata, la sal y levadura de la Organización. Nada estaba improvisado. Por eso funcionó con una singular regularidad desde su inauguración, en 1946, hasta cruzar, con holgura, el ecuador de la década ilusionada de los cincuenta.

Hoy su destino es otro. No quiero saberlo. Hasta me han dicho que figuran, en pequeños monolitos, los nombres de cada una de las promociones que allí se formaron. Es igual. Era otro el testimonio exigido o exigible. ¡Y ése fue cancelado hace tanto tiempo!



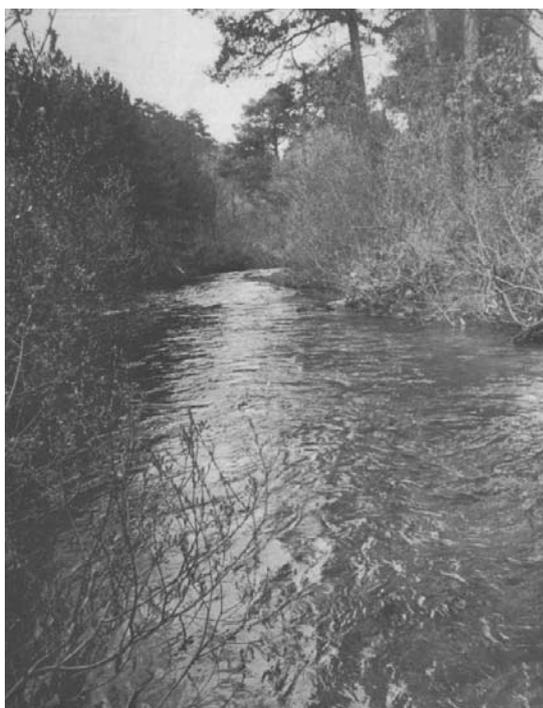














## 6. Forja de hombres (II).

¡Despierta, España!,  
 que el tiempo viene  
 de abrirse al sol  
 las rubias mieses.  
 Tras un destierro secular,  
 ¡el Cid ha vuelto a cabalgar!

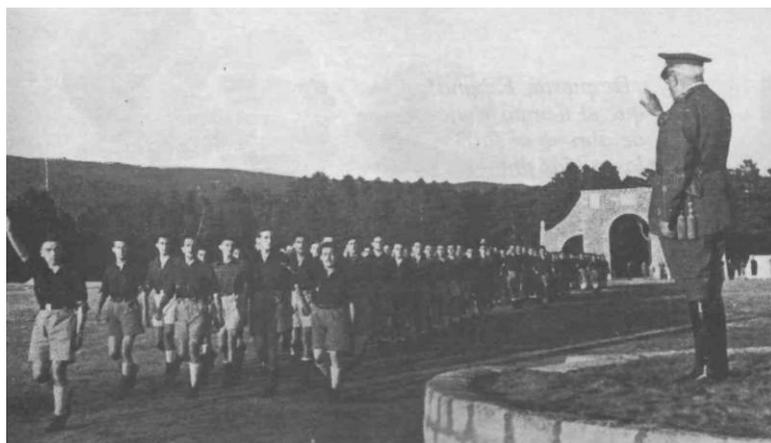
ENTRE todas las instituciones del Frente de Juventudes sobresalió, siempre por sus delicadas y especiales características, el campamento. El campamento no era una colonia veraniega infantil, no era una simple acampada. Sobre cualquier otra consideración, el campamento era una alta escuela de formación y convivencia. Entre las múltiples realizaciones del Frente de Juventudes ninguna alcanzó el rango de validez social que alcanzó la «ciudad de Iona», al amparo de la Cruz y bajo el inequívoco signo del mástil, al que en esta remembranza se dedica un capítulo específico. Entre todos los campamentos —desde «Gandario», al pie de la ría de Arosa, al «Vigil de Quiñones», junto a las cálidas aguas de Mar-bella— ninguno tuvo el prestigio, la perfección y el estilo del Campamento Nacional de Mandos «Francisco Franco», instalado, desde 1946, en el Raso de la Nava, Covalada, Soria. 1.440 acampados, 12 centurias componían regularmente su principal turno desde los primeros días de julio, para celebrar los cursos de jefes de Falange y de Centuria. Después se iniciaba la marcha por etapas, que duraba cinco días, y que cada año tenía, como el propio campamento, una significación expresa. Franco visitó el recinto en 1946. Era el heredero de las promociones de Jefes de Centuria que se inician en el campamento «Santa María», en el «Sancho el Fuerte», en el «Emperador Carlos» o en el «Ordoño II»... Fue la institucionalización del aprendizaje del mando juvenil. Las provincias tenían sus cursos específicos de mandos, que eran permanentes, con albergues de Semana Santa o prácticas de marcha, pero el final conducía a Covalada.

Recuerdo mi propia peripecia de alumno (1951), bajo el mando de Manuel Carbó Valdivieso, y bajo el mando de Manuel Eloy Pastoriza Baños (1952). En uno y otro estuvo un personaje destacado de la Organización: Pascual de Riquelme, que fue subayudante nacional de las Falanges Juveniles de Franco, con Martí. No sé con exactitud qué pintaba en Covalada; ejercía de mandarrias, como ahora ejerce, según dicen, de mandamás en el Partido Socialista Obrero Español, a la sombra de Enrique Tierno Galván, el alcalde que conmina a la juventud a colocarse, al loro y a darle a la percusión en jornadas que terminan en la pura barbarie. Recuerdo, particularmente, la rigidez del campamento, su pulcritud de organización, sus es quemas formativos que nos agotaban. 1.440 muchachos entre los 16 y los 20 años realizamos el curso en 1951 (1.200 para jefes de Falange y 240 para jefes de Centuria), a las órdenes, como digo, de Manuel Carbó Valdivieso, Jefe del Frente de Juventudes del D.U. de Madrid, y de un espléndido equipo de oficiales instructores. El campamento estuvo dedicado a evocar la última hazaña española en el mundo: la División Azul. Las 12 centurias con sus jefes, capellanes y guiones formaban bajo los nombres de «Muñoz Grandes», «Posición Intermedia», «Bolchov», «Lago limen»... La marcha se realizó hasta Santander, donde quedaría clausurado el curso con la entrega de los correspondientes despachos. En 1952, a las órdenes de Manuel Eloy Pastoriza Baños, el campamento estuvo dedicado a conmemorar a la Compañía de Jesús. Era mi segundo curso, esto es, el de Jefe de Centuria, y, por consiguiente, quedé adscrito a la primera unidad, que llevaba el nombre de «Castillo de Javier». Otras evocaban a los santos de la Compañía: San Ignacio, San Francisco, y la marcha desde Covalada culminó, tras cinco jornadas agotadoras, precisamente en Javier. Fue una de las grandes concentraciones realizadas por el Frente de Juventudes: todas las marchas volantes de todas las provincias alcanzaron el mismo lugar. Los actos terminaron con el traslado a Pamplona de todas las centurias participantes, unas cincuenta, para un magno desfile en la capital navarra.

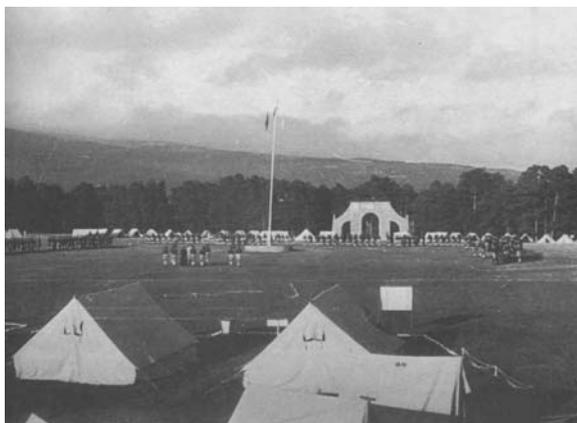
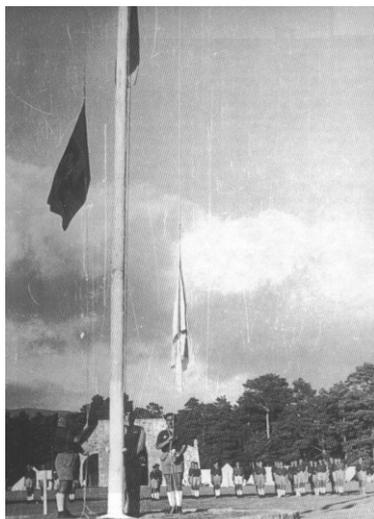
Covalada tenía tres estamentos básicos: los mandos superiores, que, con el Jefe de Campamento y el Capellán, formaban los profesores-jefes de todas y cada una de las disciplinas que se estudiaban. Los mandos y profesores de las centurias, «pater» incluido, en el segundo nivel, y un tercer nivel de servicios que residía en hombres de prestigio como José Manuel Menoyo, que en 1951 dirigió todos los servicios técnicos de la impresionante acampada. Otra institución espléndida la conformaba el profesor jefe-médico y sus médicos auxiliares, que tenían que pechar con los destrozos que se originaban en nuestras juveniles anatomías por la dureza de las prácticas de atletismo, de formación premilitar o de las marchas preparatorias para la final marcha por etapas. Los servicios sanitarios del campamento no estaban instalados en tiendas de campaña, sino en un rústico edificio, la enfermería, que, por lo general,

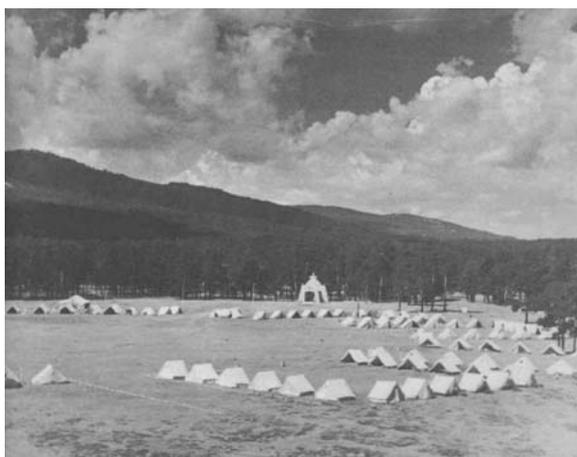
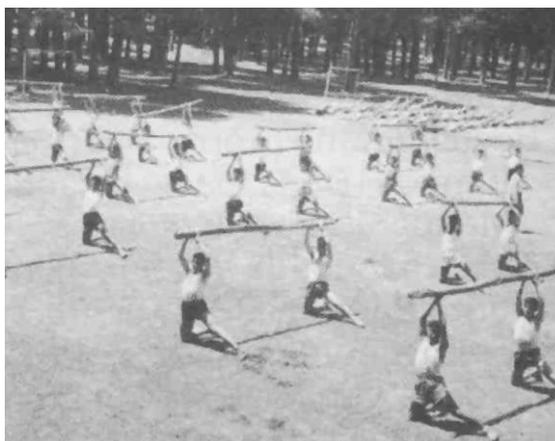
mantenía sus camas vacías, aunque no así su consulta y sus servicios de traumatología. El trabajo de los sacerdotes, al margen de la propia disciplina escolar, era profundamente religioso y humano.

Me asombraba cómo en tan pocos días llegaban a conocer prácticamente a la totalidad de los acampados y a dejarlos, por lo general, y sin obligatoriedad alguna, más limpios que una patena. Era otra forma de entender esta y la otra vida.



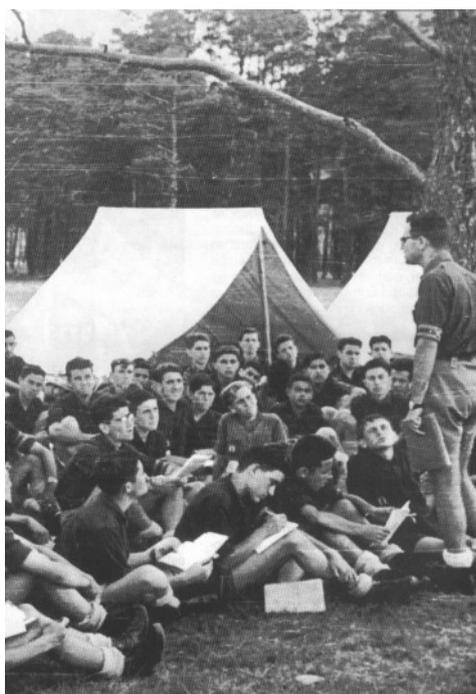
ELEGÍA POR LA GENERACIÓN PERDIDA

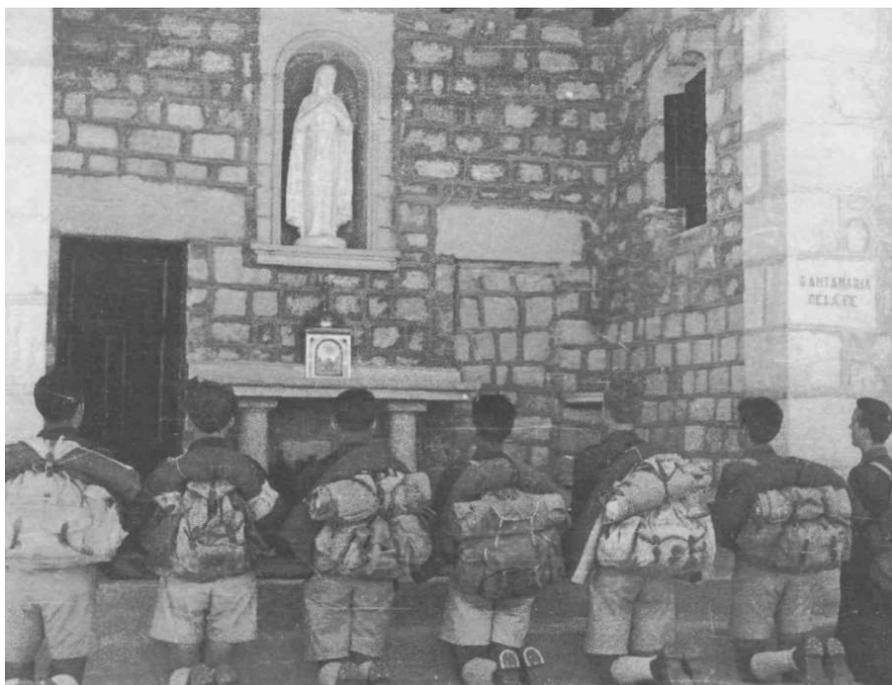












## 7. Un destino: obedecer y mandar (y III).

Ven a mi lado,  
 que allá en tu tierra  
 cien cantaradas nuestros  
 te esperan.  
 Para saber por ti,  
 como sabrán por mí,  
 lo que tú y yo aprendamos aquí.

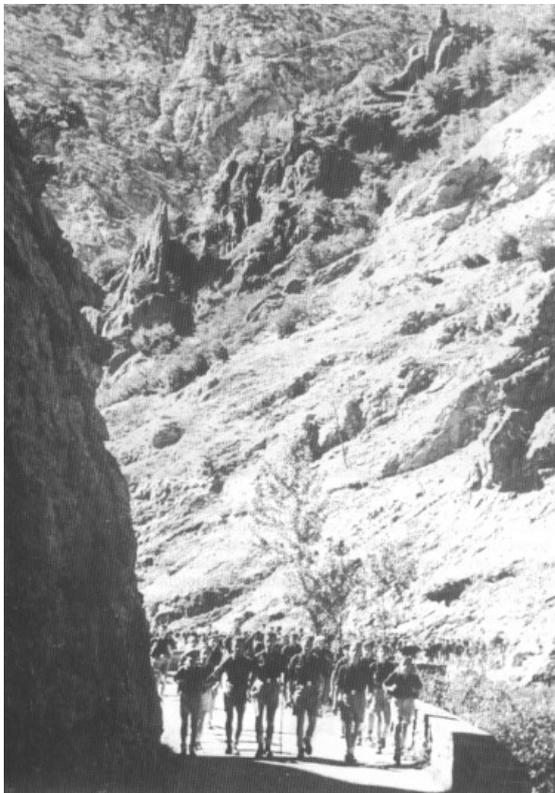
EL tiempo volaba: el toque de diana era uno de los espectáculos más sorprendentes. En poco menos de treinta segundos los 1.440 alumnos estaban formados en traje de deporte sobre una considerable capa de escarcha blanquísima, producto de las heladoras noches. Luego el sol iba fundiendo el hielo, pero la actividad se iniciaba con él. Otro momento curioso lo constituía el del baño. Podías o no recrearte nadando a lo largo de la piscina resultante de una rústica pero eficacísima canalización del Duero, cuyas aguas recién nacidas en el Urbión bañaban las orillas del enorme centro campamental, pero lo que era obligado era zambullirse en el agua a las doce en punto de la mañana, sobre una superficie que a esas horas mantenía todavía una débil capa de hielo. Había quien cumplía con el «precepto» forzado; otros, más resueltos, lo hacían de buena gana, y los menos se recreaban haciendo un largo contracorriente para evitar que el frío atenazase los músculos. La perfección, el orden y el reloj presidían cada jornada. Un botón desabrochado, fumar fuera de una tienda, no saludar a un superior, distraerte en una clase, no ir perfectamente afeitado, o una mínima mancha en las blancas medias montañeras o en el pantalón gris suponía un paquete: 10 puntos tenía cada alumno para cuidar celosamente del registro de su comportamiento. Un paquete restaba del coeficiente 0,25 ó 0,50 o un entero. Si la media descendía a cinco habías perdido el tiempo. Y el curso, porque el suspenso era inevitable, por más inteligencia y saber que echases a la hora de los exámenes finales. Pero, ¿exigía alguien aquel rigor? ¿Se sentía obligado el alumno a permanecer allí por algo ajeno a su voluntad? No. En absoluto. La más perfecta de las disciplinas impuesta por la más perfecta de las libertades. Por eso la estancia en Covalada era inolvidable, como los domingos en que el campamento ofrecía un espectáculo formidable a los vecinos del pueblo. Las 12 centurias desfilaban por sus calles y rompían filas en la Plaza Mayor: unos ocupaban bares; otros paseaban; otros ligaban con las chicas del lugar. Terminado el tiempo, el cornetín de órdenes situado en el centro de Covalada tocaba llamada. Quien no estaba en su puesto en 45 segundos vería cómo el jefe de su unidad, oficial instructor, le extendía el consiguiente taloncito restándole 0,25.

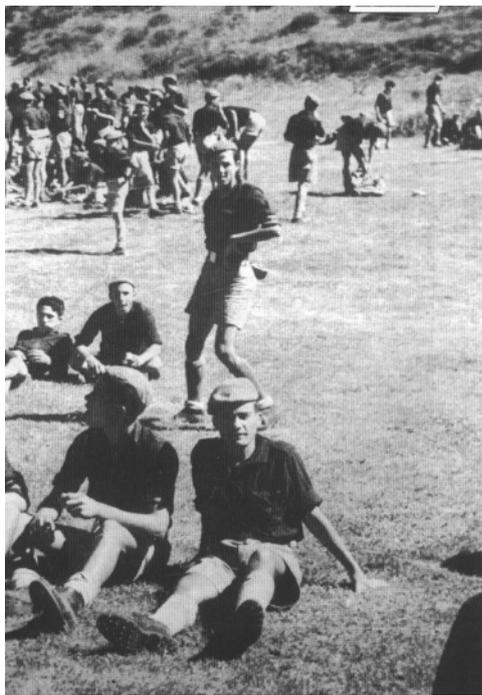
La tarde caía y entonces las formaciones arrancaban con sus guiones al frente, sus mandos y sus canciones camino de los vericuetos por los que, abandonada la carretera, se llegaba al recinto del campamento para reanudar la actividad escolar. Otra vivencia inolvidable estaba vinculada con José Antonio Elola, aquel hombre severo y bueno que, indefectiblemente, la noche de la partida camino del destino último que se marcaba cada año, despedía, desde el balcón del Ayuntamiento, a los 1.440 alumnos. José Antonio Elola pasaba algunos días de vacaciones en la pequeña localidad soriana, no acudía al campamento con frecuencia, tal vez por evitar todo el ceremonial que su jerarquía exigía. Pero jamás faltaba a la cita de la despedida. En 1951 la marcha se inició por Navaleno hacia San Leonardo de Yagüe, y el Campamento Nacional de Mandos «Francisco Franco», en perfecta formación, rindió un homenaje de respeto al general don Juan Yagüe, que no sé si en aquellos instantes era aún objeto de destierro o Capitán General de Burgos. Entorno los ojos y le veo: el pelo blanquísimo, las gafas redondas sobre unos ojos escrutadores y vivaces contemplando a las centurias formadas, y recuerdo sus palabras, su voz torrencial, aunque la enfermedad le minaba y un año más tarde rendiría su espada y su hoja de servicios, como los viejos soldados que se honraban en el Señor Dios de los Ejércitos.

Todas las provincias estaban representadas en el Campamento Nacional «Francisco Franco». Las tiendas eran de escuadra, estables, de seis alumnos, y cada uno de ellos pertenecía a un lugar distinto. Nos llamábamos generalmente por el nombre de nuestra procedencia: Madrid, Alicante, Badajoz, Almería... Quiero suponer, y supongo, que ninguno de aquellos mozos de ayer formarán hoy en las apretadas filas del nacionalseparatismo que atenaza a la Patria. España era para nosotros algo tangible, concreto y, al mismo tiempo, una ensoñación, una gran dama cuyos hijos, reyes, príncipes, guerreros, misioneros o científicos constituían las advocaciones laicas de nuestro peregrinaje. Si alguien cantó la epopeya de España en el

mundo fuimos nosotros. Hoy Hernán Cortés es, para la inmensa mayoría de los muchachos españoles, un ilustre desconocido. Para nosotros no.

Uno tras otro fueron cayendo los años, pasando las promociones cuya última ilusión residía en transmitir a aquellos otros niños o jóvenes a quienes íbamos a mandar, a dirigir, que la vida no vale la pena de ser vivida si no es para quemarla en el servicio de una grande empresa, de una formidable ilusión eternamente joven.







## 8. La marcha por etapas.

La flor del almendro  
saluda en la rama  
el paso despierto  
del buen caminar.  
Redobla el tambor  
fértil primavera  
alegre diana  
de un día mejor

CANTÁBAMOS aquello de «Por la carretera qué placer, qué gusto da por la carretera qué placer marchar...», o algo parecido, que la memoria falla en ocasiones, y había que ver cómo le dábamos al calcetín, y cómo los más cachondos andaban con el pie derecho por encima del bordillo de la carretera, cuando las carreteras españolas tenían bordillo y firme adoquinado, y el izquierdo por debajo, al ritmo de la canción en la que se mezclaban las estrofas más disparatadas. Era sorprendente para los escasos conductores que nos rebasaban aquellos cien chiquillos, llenos de buen humor a pesar de la lluvia, el frío o el calor tórrido del verano, cargados hasta los topes, y con aquel cojeo rítmico que los menos terminaban por imponer a los más.

Ahora me pregunto no el porqué del entusiasmo juvenil de la época, sino ¿cómo demonios pudieron construirse millares de kilómetros de carreteras, adoquín a adoquín, en los siete años escasos que duró la dictadura del General Primo de Rivera, cuando ahora, con máquinas gigantescas, los socialistas tienen las autopistas como sembrados?

Siempre me gustaron las marchas de pocos y bien avenidos, las de centuria, falange y escuadra, sobre todo las de escuadra, que las mastodónticas de cinco o seis o hasta veinte centurias con los incansables oficiales instructores de aquí para allá marcando los períodos de descanso, animándote a montar las tiendas, a marchas forzadas, sobre el lugar más idóneo y anotando en la libreta si fulano aguantaba bien o mal, si mengano tenía el genio demasiado vivo, o asaz muerto, si perengano chaqueteaba a la hora de ir por agua o limpiar la «vajilla», o si las botas estaban bajo el sombrero, fuera de la tienda, o en las mismísimas narices del primer durmiente. Sin saberlo, preferíamos ser buey suelto y lamernos cuando nos apeteciera, con disciplina y dentro de un orden, sí, pero con esa libertad que proporciona a las almas sensibles buscar los lugares altos, dominadores, aunque las rocas sirvieran luego de colchón y almohada, y para coger agua hubiera que perder el resuello en la subida, una vez gozado del patinaje en la bajada.

Había que proyectar todo muy bien para saltarnos el plan y darnos la gozada de finalizar la etapa unos pocos kilómetros antes si el lugar lo mereciera, o avanzar algo aunque no se pudiera con el alma, y descansar en lugar paradisiaco, o que nos lo pareciera. La verdad es que nada se dejaba al albur: sabíamos de intendencia sin ser intendentes, nos defendíamos de las ampollas mejor que un médico, manejábamos la brújula como un militar, aunque cocináramos después como una dama de salón. Los víveres frescos los adquiríamos en los pueblos del camino con el dinero de nuestras cuotas. El aceite, el café, la leche condensada, el azúcar, el arroz, las legumbres y demás productos racionados los comprábamos en el almacén de intendencia de la provincia. Y qué aceite, y qué café, y qué azúcar, y qué arroz, y qué chocolate, y qué legumbres, ¡Dios mío!, y qué saga de voluntarios a la hora de hacer el café en puchero, sin otro colador de manga que un calcetín de faena, antes o después de la colada, el orden de factores mejoraba en muchas ocasiones el producto, que ojos que no ven, corazón que no siente, y qué condimentos salían de aquel cacharro llamado «gaveta», y que no era «gaveta», sino caldero, y que servía igual para transportar el condumio de la escuadra desde la cocina del campamento fijo hasta la mesa-comedor, que como alambique para lograr las mejores esencias del arte de Savarín.

Se me agolpan los recuerdos. Me veo ahora mismo trepar montes, descender a valles, entrar en pueblos y salir de ellos, y acampar en plena naturaleza, en territorio de maquis, sin otra compañía y protección que dos viejos naranjeros con dotación de un cargador por arma. Nos preguntaban: «¿Solos, y a la Sierra?» Y había que verles las caras de asombro y darse de codazos antes de vendernos la carne de cerdo o las chuletas de cordero y el pan, una vez terminado el chusco nuestro, aunque estuviera como un

pechazo, de cada día. Quien no haya conocido aquellos años y aquellos riscos, las dormidas a la luz de la luna sobre la piedra berroqueña y el baño helado en el riachuelo próximo o lejano poco después del amanecer, bebido el café con leche que no sabía a café y a leche, el olor inconfundible del perol al fuego mientras se condimentaba una tortilla de alubias, por ejemplo, o unos espárragos trigueros con chocolate, en parajes incomparables sin plásticos, papeles y desperdicios en el entorno, desconoce lo que es la vida. Lo sello y lo rubrico. Pero si tampoco ha tenido cien amigos, todos bien avenidos, capaces los más fuertes de andar quince o veinte kilómetros con la impedimenta de los más débiles, no conocen la solidaridad ni la camaradería.

«Por la carretera qué placer, qué gusto da/por la carretera qué placer marchar.» En seguida las montañas, muchas veces nevadas, sin senderos, y las nubes o el sol o las estrellas.

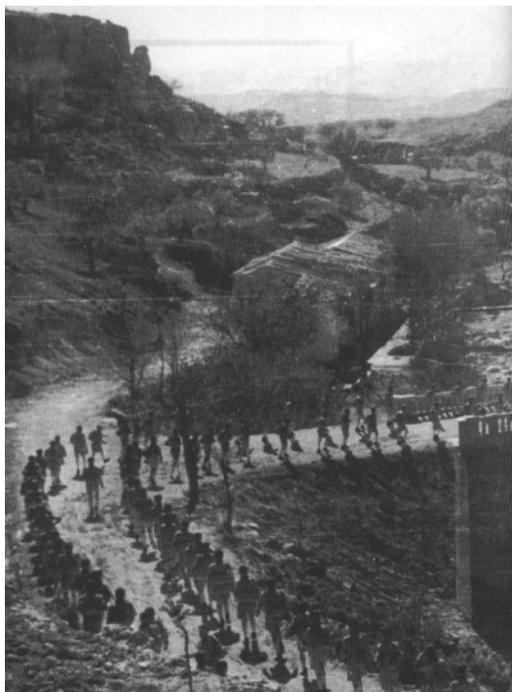




ELEGÍA POR LA GENERACIÓN PERDIDA



ELEGÍA POR LA GENERACIÓN PERDIDA







## 9. La marcha por etapas (y II).

Ya van las centurias  
cubiertas de polvo.  
Las nobles banderas  
su guía le dan.  
Un alto redoble  
aviva la marcha,  
la Patria está cerca  
de nuestro cantar.

FALTABA tiempo para aburrirse. Unos golpes de silbato, y arriba, al aseo, a misa, si disponíamos de «pater», con libertad y a calentar el recuelo de café que, con pan bien migado, estaba superior; y a levantar las tiendas, a plegar el mástil y a dejar el terreno limpio, sin desperdicios, que si algo no tolerábamos era que ensuciaran la naturaleza, aunque no fuéramos ecologistas de los llamados verdes. Y, si no era día de descanso, ¡demonios con los días de descanso!, nos metíamos en vía, que el día era joven y quizá desde los tiempos de Santa Teresa no haya habido en España una juventud tan andariega como la nuestra. Digo que faltaba tiempo para aburrirse porque todo estaba fantásticamente reglamentado, desde el itinerario de la marcha o el campamento volante, con sus descansos, sus aguadas en fuentes, pozos y riachuelos de montaña, que de los ríos mansos huíamos como de la peste, hasta las actividades culturales, políticas o premilitares. Estaba prohibido, y muy bien prohibido, el ocio, y quien no tenía que buscar leña, barría el campamento con escobas de fortuna o limpiaba la vajilla pesada, o construía buenos sombreros, o cavaba una letrina o dejaba a punto los fogones. Por ello los jefes de marcha sabían latín y griego y de ellos aprendían en seguida los de falange y escuadra.

Como en un estado mayor del Ejército se preparaban las marchas y los campamentos volantes. Pero, ¡jojo!, que las marchas eran privativas de las Falanges Juveniles de Franco, puesto que el Frente de Juventudes comprendía a los afiliados y a los no afiliados y los no afiliados sólo asistían a campamentos fijos. La Ley de Creación del Frente de Juventudes encargaba al Frente de Juventudes la formación completa, en el orden político, premilitar, físico, moral y religioso de los afiliados, y tan sólo la iniciación en la «doctrina de régimen y la educación física» de los no afiliados. Así, nos reuníamos en el hogar o cuartel y comenzábamos con el papeleo.

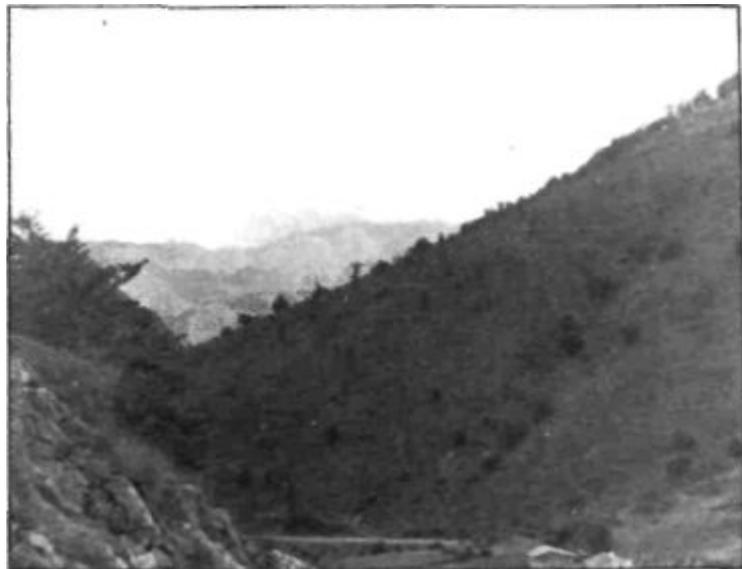
Salían a relucir mapas, experiencias anteriores, resúmenes de otras marchas, contabilidades, etcétera. No era fácil si se ignoraban todos y cada uno de los detalles que había que incluir el plan de marcha a elevar a la Delegación Provincial. Experiencia y celo se requería para que todo funcionara a la perfección y el regreso se iniciara con éxito y no con unas huestes juveniles desencuadradas y desmoralizadas. Primera advertencia: los flechas no podían realizar marchas por etapas, sino las llamadas ordinarias hasta un campamento de instalaciones fijas donde pasaban el día. Los cadetes y los guías, sí; los cadetes y los guías nos metíamos en unos berenjenales de muy señor mío a la hora de elegir entre los otros siete grandes grupos de marchas y que eran las de campamento volante, montaña o prácticas de nieve, quien tuviera nieve cerca, las marchas a pueblos, las marchas de tipo cultural, las marchas de carácter formativo y las marchas de evocación falangista, aunque también podíamos mezclar unas con otras y hacer por cuenta nuestra la más apetecible. Así, podíamos visitar pueblos y al mismo tiempo conocer monumentos históricos o prehistóricos o visitar fábricas de interés y darnos un buen garbeo por los alrededores. Otras veces, si el lugar a visitar estaba lejano y no disponíamos de días suficientes, la tarifa GV8 de Renfe nos acercaba al objetivo desde donde emprendíamos marchas radiales.

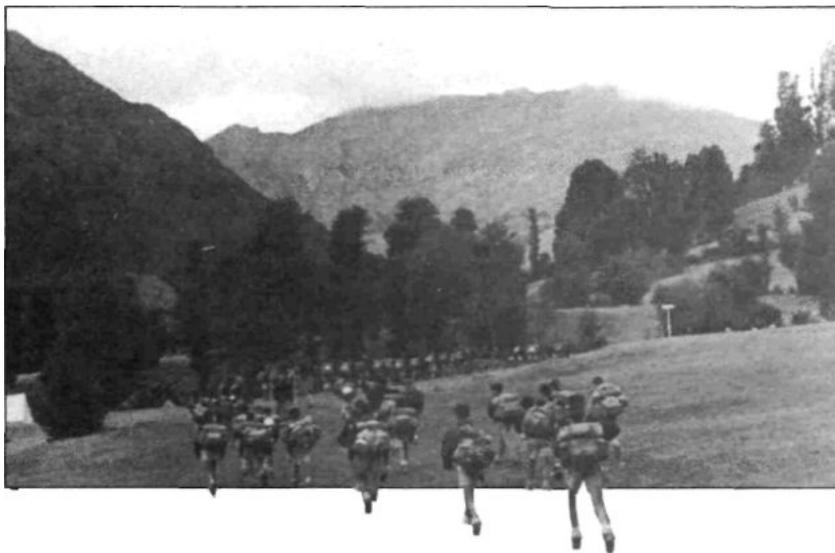
Pueden estar seguros que si las condiciones que se les exigían a los jefes de marcha de las Falanges Juveniles de Franco (18, 19 ó 20 años) se le exigieran ahora a cualquier ministro socialista, España estaba salvada: «Un buen jefe se destaca como tal cuando reúne a su calidad de mando el concepto de la responsabilidad, prestigio personal, previsión, sentido de la lógica, buen criterio, carácter jovial, espíritu recto y ecuánime, serenidad y confianza en su valor propio.» Debieran aplicarse los socialistas hijos de papá que todo lo aprendieron en los libros, quienes estudiaron, lo que se nos decía a nosotros respecto al jefe: «El jefe vale mucho más por lo que es capaz de resolver con criterio justo y certero que por todo lo que pueda empollar en un manual más o menos extenso.» Ahí queda eso. Comenzaban por enseñarnos que había que dar todo sin pedir nada a cambio, que el espíritu de servicio y sacrificio era lo que diferenciaba a

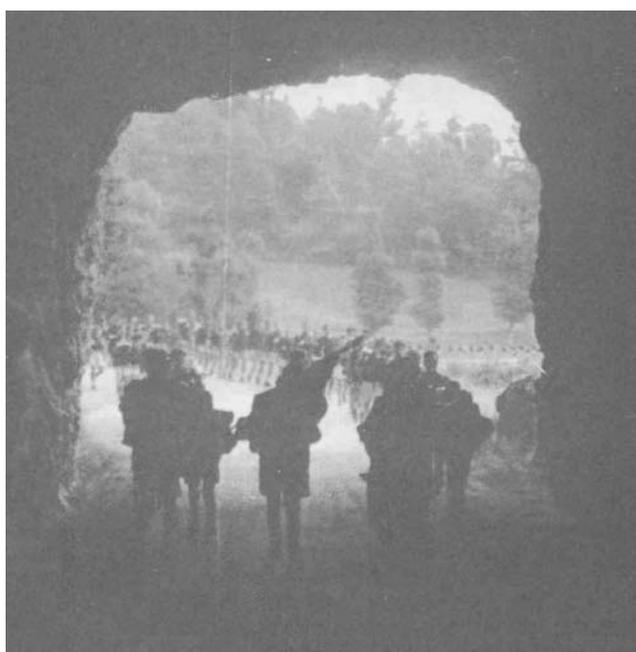
un chico falangista ejemplar de otro que no lo era, y que tan sólo el amor a Dios era superior al amor a la Patria. Por ello, la formación premilitar era la fundamental en marchas y campamentos, y se basaba en el culto a los héroes y a la Bandera, el homenaje a los Caídos y la sublimación del valor. Todo lo contrario a lo que pregonan hoy los imbéciles progresistas.

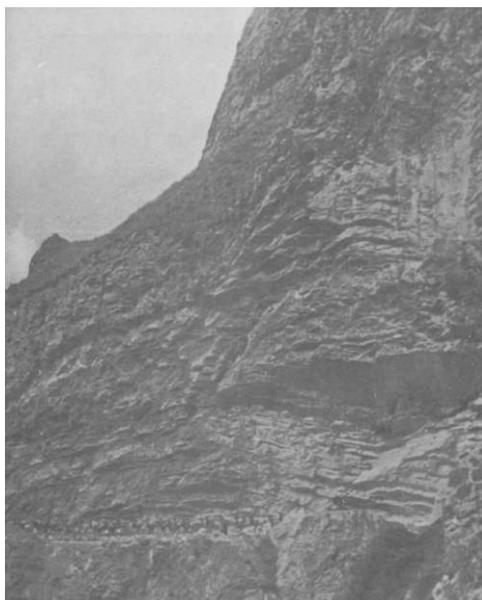
La marcha o el campamento volante fueron la mejor escuela de formación de una juventud ardorosa y desprendida. Sí, ya sé en qué están pensando: en Suárez, en Martín Villa, en Rosón, en Sancho Rof, en Laina... Pues quítenselos de la imaginación porque ni Suárez, ni Martín Villa, ni Rosón, ni Laina, ni Sancho Rof ni la mayor parte de los hombres que juraron en vano los principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino pertenecieron jamás a las Falanges Juveniles de Franco. Fueron hombres del SEU o del Movimiento.

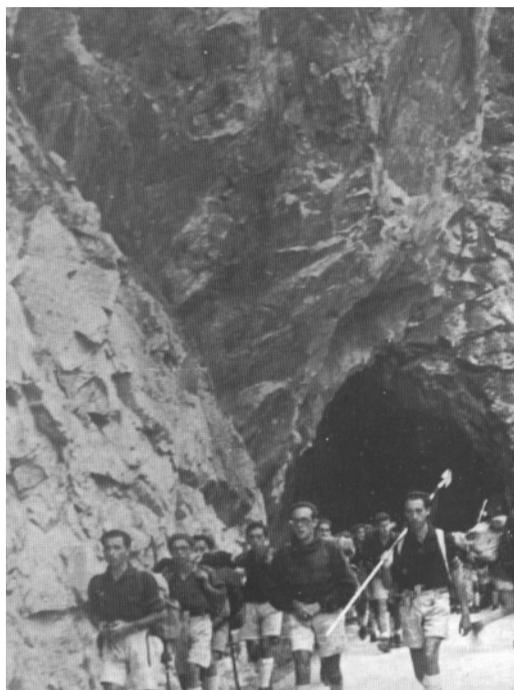












## 10. La fe te movía en las montañas (I).

Cristo será norte y guía  
de universales misiones.  
Reclamamos la primacía  
para alumbrar horizontes.

VENTE a dar un paseo conmigo.

—Sí, Padre.

La noche había caído sobre el campamento. El sofocante calor del día daba paso en esas horas a un frío que se calaba hasta los huesos.

—Si no le importa, voy a ponerme un jersey. Ya veo que usted se ha puesto otro debajo de la sotana.

Cruzábamos la pradera gigantesca. Las blancas tiendecitas, como aves extrañas posadas en un gigantesco círculo o en un insólito rectángulo, para una misteriosa ceremonia, guardaban silencio y custodiaban el sueño de los acampados. El «pater» había ido previamente rezando los misterios del rosario de tienda en tienda, de tal forma que la Letanía concluía donde habían empezado las primeras oraciones... La inmensa mayoría había sucumbido al sueño antes de finalizar la piadosa práctica, pero no así el capellán, que siempre elegía a uno o a dos o a tres para hacer un turno individualizado de ronda al aire libre de la noche. En su mayoría eran jesuitas; algunos, dominicos; otros, sacerdotes de la Orden de San Pedro: curas seculares, que formaban la compacta organización de asesores religiosos del Frente de Juventudes. Hubo, ¿a qué negarlo?, notables decepciones; yo les evoco con un respeto admirativo, sin embargo.

Íbamos de acá para allá; alguna patada a una piedrecita del camino, algún traspies con la raíz de un árbol centenario, algún rubor discretamente velado por las sombras de la noche... Y, de pronto, cuando menos lo esperabas, te decía:

—Arrodíllate, voy a darte la absolución.

—Pero...

—Anda, anda, llevas tres días sin acercarte al comulgatorio.

El «pater» era una figura singularísima y entrañable dentro de las bien planificadas filas juveniles. Cada Centuria, cada distrito, cada pueblo contaba con los suyos. Eran popularísimos, respetados y queridos, y de su ejemplaridad práctica, más que de su cálida prédica, surgieron, entre 1940 y 1955, cinco mil vocaciones sacerdotales. No habrá existido organización juvenil alguna capaz de alcanzar esa marca.

El «pater» tenía su tienda discretamente alejada de las que ocupaban los acampados y los mandos. Solía levantarse junto a la Capilla, pero participaba en todas y cada una de las actividades campamentales, como a lo largo de los meses de invierno, en las actividades de las centurias, incluidos albergues o marchas por etapas... Sembraron amor y fe, una especial devoción a la Virgen y un enorme respeto para la Iglesia. Un equilibrio de vida íntima y común que sufriría, tal vez como ningún otro sector de la sociedad, la formidable convulsión originada por las graciosas y hasta heréticas interpretaciones del Concilio Vaticano II. Muchos de ellos aún están en pie. Otros murieron, luchadores infatigables, en el seno de sus órdenes respectivas o agrupados en esa heroica resistencia de la Hermandad Sacerdotal que sigue fiel, activa y generosa como aquellos que de pronto te decían:

—Arrodíllate, voy a darte la absolución.



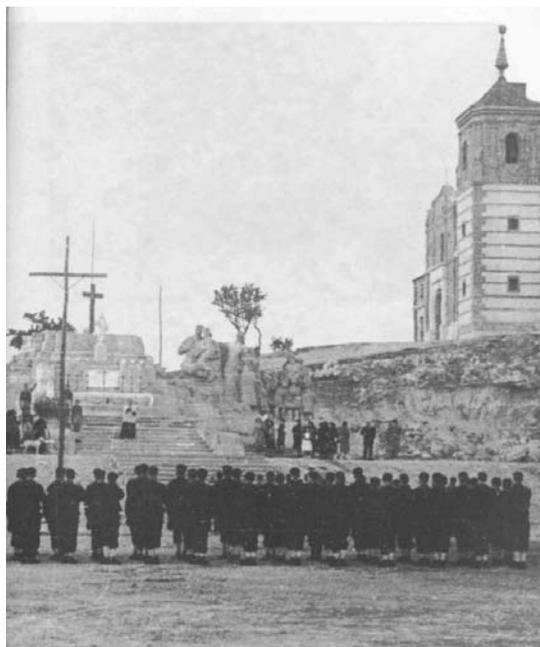








ELEGÍA POR LA GENERACIÓN PERDIDA



## 11. Una forma de conducta moral (y II).

Por la Patria, el Pan y la Justicia,  
adelantados de la Cristiandad,  
marchamos los tercios falangistas  
tras la luz de tu espada, Capitán.

DESDE su instante fundacional, el Frente de Juventudes mantuvo una resuelta inclinación por lo religioso, resorte espiritual de los pueblos, y, dentro de lo religioso, por un catolicismo sincero y militante. No voy a formular una tesis sobre una evidencia que no necesita demostraciones, pero no me resisto a sumar a este haz de remembranzas y evocaciones un hecho significativo del que he tenido noticia cuarenta y tantos años después de que sucediese.

En la obra de Luis Suárez «Francisco Franco y su tiempo» (tomo III, páginas 3 y 5) existe un relato que da una dimensión exacta al profundo y severo carácter de las promociones de aquella generación que hoy vive en una plena madurez. Cuenta el eminente historiador un episodio de gran importancia y —como él mismo señala— silenciado hasta ahora. He aquí el relato exacto extraído de la citada obra: «... en 1942 las autoridades nazis trataron de constituir un movimiento juvenil pan-europeo que extendiese a toda Europa los principios éticos de la derecha Hegeliana. En septiembre, delegaciones de las organizaciones juveniles de los países neutrales y acoplados fueron invitadas a un congreso internacional en Viena. Aunque figuraba oficialmente un finlandés en su presidencia, el responsable de la organización era Baldur von Sahirach. Bélgica, Holanda, Francia y los Países Escandinavos estuvieron presentes. La delegación española, presidida por José Antonio Elola Olaso, fue acogida con muestras de especial deferencia: revista de juventudes hitlerianas, desfile de una centuria de la organización juvenil, entrevistas, fotografías, puestos de honor en los actos. Pronto se descubrió de lo que se trataba.» «Como parte de las ideas doctrinales que se querían aprobar, fue recabar una condena contra el judaísmo y el sionismo. Manuel Rodríguez, encargado español de la ponencia sobre ética, intervino para decir: "Queremos dejar bien sentado que nuestra posición al judaísmo envolvería, en todo caso, un sentido estrictamente político y social, y no una oposición por razones de raza o religión." Al término del Congreso, los alemanes presentaron entonces un texto que declaraba que la ética del futuro modelo educativo para las juventudes europeas era la del soldado alemán y la del antijudaísmo. El documento propugnaba un retorno al paganismo. Conceptos como libertad, dignidad del hombre, fe en Dios, quedaban excluidos.»

«La Delegación española rechazó el texto de un modo radical y empujó a otras que gozaban de menos libertad que ella a que hiciesen lo mismo. Presentaron, como contrapartida, una declaración de 10 puntos:

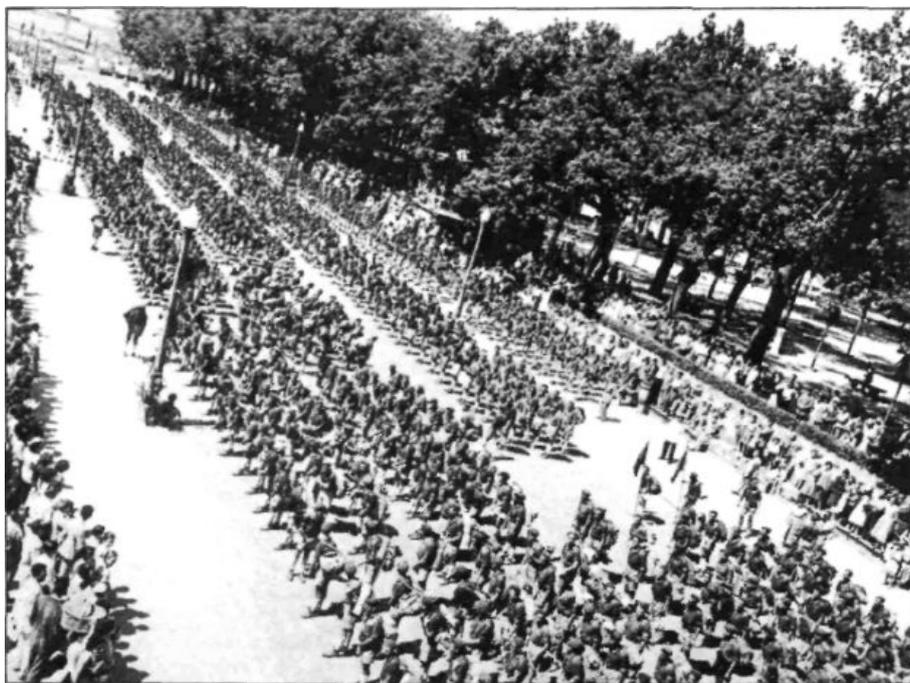
1. El hombre debe ser considerado portador de valores eternos.
2. Respeto a la libertad, la integridad y la dignidad humanas, dentro de la autoridad jerárquica y el orden.
3. Prioridad y anterioridad de la familia, considerada como célula de la sociedad y del Estado.
4. El espíritu es el resorte decisivo en la vida del hombre y de los pueblos.
5. La religión es lo más preeminente de la vida espiritual, y sin ella no existe afirmación moral.
6. La vida es milicia y ha de vivirse con acendrado espíritu de servicio y sacrificio.
7. La violencia sólo se justifica cuando va en defensa de la Patria y de la Justicia.
8. El individuo sólo alcanza condición política cuando cumple una función dentro de la vida nacional.
9. La Patria es una comunidad de destino, realizada como una gran empresa colectiva.
10. El Estado es un estamento totalitario al servicio de la unidad de destino de la Nación; de lo contrario es un Estado tiránico. Es el primer servidor de la Patria.»

Diez años después de aquella declaración en la que un puñado de jóvenes españoles impuso la primacía de lo espiritual sobre lo material en un escenario que registraba el cénit del Nacional-Socialismo, se celebró en Barcelona el Congreso Eucarístico Internacional. Habían transcurrido siete años desde que los últimos proyectiles de la conflagración cruzaron sobre los cielos de Europa... y el continente caía en una nueva interpretación materialista de la historia, a la sombra del crecimiento económico impulsado por el

Plan Marshal. En aquel Congreso Eucarístico hubo también una representación del Frente de Juventudes más numerosa, naturalmente, que la de Viena: 15.000 muchachos en edades comprendidas entre los 16 y 21 años participaron fervorosamente de aquella gigantesca conmemoración eucarística. Era el tiempo en que la Organización alcanzaba su más sólida madurez por el simple hecho biológico de que aquellos muchachos que participaban en Barcelona, a la linde de la mayoría de edad, en la liturgia de la Eucaristía, eran niños cuando, en 1942, otros muchachos, mozos aventajados en edad, rechazaban de plano la propuesta nazi.

Pero el materialismo histórico no es sólo aplicable a los socialismos totalitarios... Nació la sociedad de consumo, y faltaban muy pocos años para que las campanas de Roma convocasen a la Iglesia al Concilio Ecuménico Vaticano II. Y algunos más para que al Pontífice Pablo VI exclamase, al borde de la ancianidad: «El humo de Satanás ha entrado en los templos...» ¡Pues qué bien!

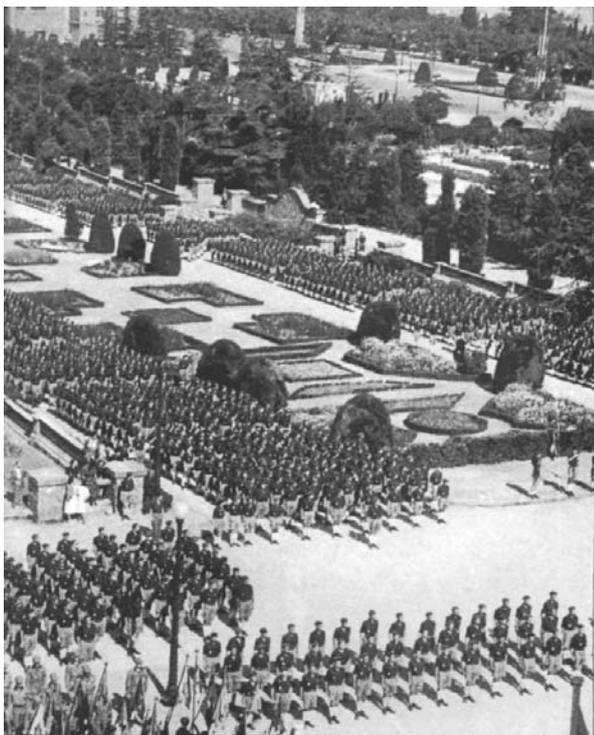














## 12. Prêt-à-porter inigualable (I).

Marcho con mi centuria  
 en apretado haz;  
 y si es fría la jornada,  
 con el poncho bastará.

AL iniciar un campamento volante o una marcha por etapas lo primero que te caía en suerte era el poncho, un cuadrilátero de lona cuyo nombre oficial en los manuales era el de «capote impermeable, modelo "español", transformable en tienda de campaña capaz para seis camaradas», siempre que cada uno de los seis camaradas de la escuadra aportara al común su capote transformable, claro está. Lo de impermeable es un decir, pero quedaba muy aparente; pero sí era cierto que con cierta habilidad, más ciertas piezas accesorias, se podía levantar una tienda de campaña de modesta comodidad, sin otro suelo que el que Dios nos dio al comienzo de la creación, bastante bien aireada, a pesar de su presumible cierre hermético y con vocación de Niágara en cuanto al bromista de la escuadra se le ocurría marcar con el dedo índice, por ejemplo, el punto exacto de la lona donde comenzaba la vertical ideal que terminaba en la nariz del camarada que dormía plácidamente tras una marcha de veinte kilómetros a través de una serranía agreste.

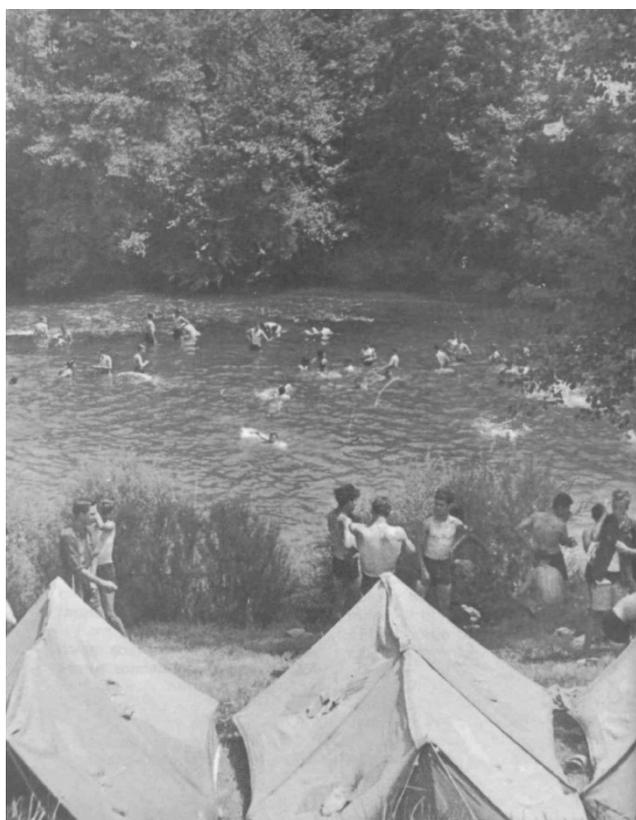
Convenientemente enrollado, cada capote modelo «español» debía contener dos vientos cortos, un viento largo, tres cuñas, dos trozos empalmables de bastón, un enchufe de metal, para los bastones, por supuesto, que aún no había comenzado el cambio socialista, una bolsa de tela para guardar las piezas citadas y un trozo de faldón con pudridero, entendiéndolo por faldón las tiras de lona de 35 centímetros de altura que servían para el cierre vertical de la parte inferior de la tienda, y por pudridero una tela blanca, cosida al faldón, que daba en el suelo, y que solíamos sujetar con buenas piedras para que la pieza no ondeara al viento. Este faldón con pudridero servía a modo de funda para el capote enrollado.

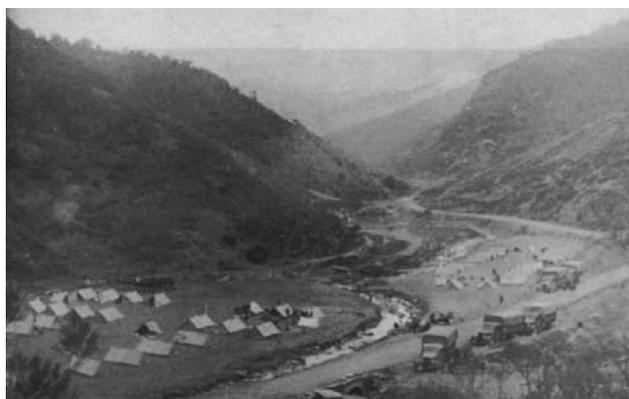
Pongamos que es un día de perros, marchamos por un camino endemoniado y llegamos al claro del bosque donde vamos a instalar el campamento. No hace falta desenfundar los ponchos ni desenrollarlos porque los llevamos puestos sobre los hombros, con la cabeza asomada por el agujero central reforzado con piezas a manera de cuello con solapas y hombreras. La boina nos gotea de lo lindo, pero el «Celta» y lo que contiene el «Celta» está a resguardo bajo el capote. Orden de montar las tiendas, y a la faena. Abrimos los morrales, sacamos las once piezas, y a la faena. Unos empalman los cuatro ponchos que servirán de «tejado» con el cuidado de que los cierres de las solapas caigan hacia abajo para que no entre por ellos el agua de lluvia; mientras, los otros se dedican a poner el esqueleto, esto es, a empalmar los bastones, a clavarlos en el terreno y a unirlos por la parte superior con dos tirantes horizontales iguales a los vientos largos.

Si nadie ha metido la pata al empalmar los capotes, cosa harto improbable, los cuatro ollaos de los ángulos encajarán a la perfección con la punta metálica del palo central y, en seguida, se colocan los ganchos de los vientos cortos en los ollaos metálicos de la parte inferior, y se tira de ellos hasta el máximo, y en ese punto se clavan las piquetas, estacas o cuñas para su sujeción definitiva. Después pondremos los vientos largos y en seguida prenderemos por el interior los seis trozos de faldón y, finalmente, sujetaremos el pudridero con piedras por dentro de la tienda. Todo el mundo adentro y a esperar que escampe, porque si no escampa habrá rancho en frío y frío a granel y humedad, si es que algún camarada no ha encontrado algo seco que sirva de piso enjuto a la tienda.

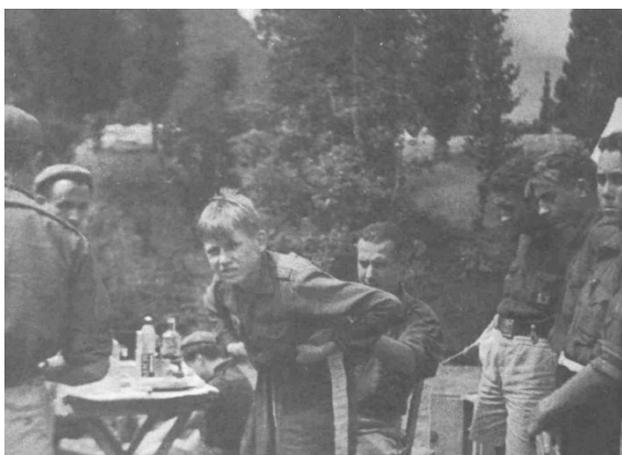
El cuento de nunca acabar: si llueve mucho hay que abrir una pequeña zanja con desagüe alrededor de la tienda, y si no llueve y hace mucho calor, o llueve y el calor es agosteoño hay que levantar algún que otro faldón y hasta los dos ponchos que, doblados en triángulo, cierran cada una de las dos cabeceras de la tienda. ¡Qué bien se dormía bajo las lonas teóricamente impermeables del capote modelo «español», y qué maravilla resguardarme con él del cierzo o de la lluvia, las manos agarradas a las correas del «Celta» mientras cantábamos, que siempre cantábamos, a pesar de aquella tristeza que dicen que ahogaba al pueblo español en los años cuarenta y cincuenta. No he conocido tiempos más alegres que aquéllos, y sociedad con más ilusiones que aquella, y pueblo más optimista que aquél, y juventud más limpia y desinteresada que la nuestra, a pesar de que luego algunos salieran judas, y no porque aquellos años fueran los de nuestra juventud. Para gozar de la vida tan sólo necesitábamos un pantalón corto, unas botas reglamentarias más duras que un peñasco, una «gaveta», un plato de metal y algo con que llenarlo,

aunque no demasiado, un morral «Celta» y un capote modelo «español», que juntar a otros cinco para armar una tienda de escuadra. Era lógico que de entre nosotros salieran tantas vocaciones religiosas y militares.









### 13. Prét-à-porter inigualable (y II).

Ved pasar a los flechas

-en formación-

recogiendo en el Celta

cosechas de admiración.

CAMINAR con el morral modelo «Celta», de armadura oculta, así se dice en su descripción para profanos, con sus bolsillos bien repletos, la denostada aceitera, la cantimplora, el plato y los cubiertos de metal, más la parte alícuota de la tienda de campaña de escuadra, de cuya historia, vida y milagros hablaremos en otro capítulo, era cosa de hombres. El «Celta» parecía contener paja al comienzo de la marcha, ladrillos a la mitad, y plomo cuando el jefe de centuria o de falange o de escuadra pronunciaba las palabras sacrosantas:

— Hemos llegado. Rápido, armar las tiendas, montar el mástil y formar para izar banderas.

El suspiro se escuchaba en cien kilómetros a la redonda. A pesar de todo, daría lo que fuera por rescatar uno de aquellos viejos «Celtas» reglamentarios en las Falanges Juveniles de Franco, invento, se decía, de Manuel Villegas, andarín impenitente, capaz de rendir a una caballería en competición al paso, abuelo de todos más que padre, personaje legendario a quien nos encomendábamos al iniciar las marchas. Sea el «Celta» obra de Manolo Villegas o de cualquier otro camarada, lo cierto es que no creo que haya jamás existido en el mundo algo tan incómodo y duro como nuestro pimpante morral. En su descripción oficial se afirmaba, vaya usted a saber por qué, que era «de lona impermeable, color gris perla, con armadura oculta en la espaldera», características las dos primeras de las que expreso mi duda razonable y cierta; por comprobada, la tercera. En efecto, el «Celta» disponía de armadura oculta en la espaldera, pero no lo suficientemente oculta para que no se incrustase en los riñones del portor en cuanto la línea interior del morral alcanzaba la cintura del afectado. En ese instante había que tirar enérgicamente de los tirantes al tiempo que trasero, espaldas y hombros impulsaban enérgicamente el «Celta» hacia arriba. Con un poco de suerte no se notaba casi nada el golpe contra la nuca de capote-poncho, las piquetas y los bastones empalmados de madera, con su enchufe de metal correspondiente, y que solíamos llevar enrollado en donde debíamos enrollar la manta, mientras la manta enrollada la sujetábamos con las correas de la tapa del morral. La protesta juvenil que se dice ahora.

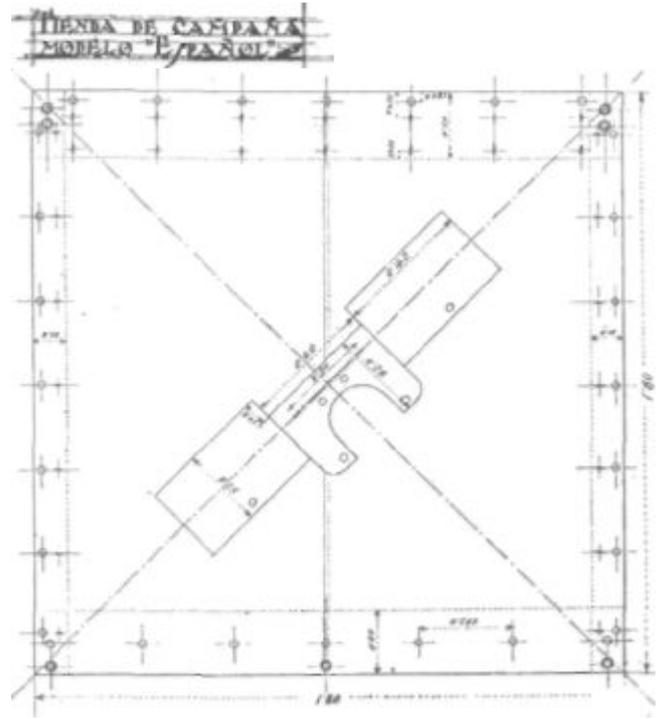
Había en el morral unos tirantes de lona reforzada, «dispuestos en forma de triángulo», que servían, nos decían, «de apoyo, y forman la cámara de aire entre el cuerpo humano y el morral para impedir el sudor en la espalda», y no dudo de que esa misión originaria tenían las correas, aunque el frecuente uso hacía perder tirantez al artilugio y la espalda entraba en contacto íntimo con el bolsón, y el sudor corría que era un primor a lo largo de la columna vertebral y se detenía en el cinturón. Así, el «Celta» servía de abrigo en los días de frío, de asiento, por su rigidez, en los altos, y de almohada a la hora de la siesta o el sueño de la noche. No conocí a nadie que se sujetara la correa en la cintura en las marchas accidentadas ni «Celta» de elegante color gris perla, sino tirando a suelo de almazara o a blanco luminoso, fruto esto del terco lavado a que los sometían las mamás pulcras de los cama-radas. Increíble, pero cierto.

Los grandes problemas venían a la hora de la distribución del equipo en los tres bolsillos de parche situados en los costados y en la parte de atrás; las dos bolsas interiores, una en la tapa y otra en contacto con la espalda, y el bolsón general. Consejos, todos, pero, ¿cómo se aislaba el pan de los calcetines, el chocolate de los calzoncillos, y el aceite de los pantalones de repuesto? «El pan se llevará en una bolsa de tela o, cuando menos, envuelto en papel. La fruta y los postres, para que no se aplasten, se llevarán en una caja de cartón o de hoja de lata», aconsejaban, pero también aconsejaban meter en el «Celta» cepillos para el calzado, un saco de dormir, ¡quién hubiera podido disponer de un saco de dormir en aquellos años!, un rollo de cuerda, una brújula de bolsillo, un juego de banderas de semáforo y una linterna eléctrica para señales Morse. Menuda lata daban algunos con el equipo completo que les había mercado el papá rico...

No sé cómo, pero en el «Celta» cabía todo, servía para todo y era caja de sorpresas, despensa del hambriento, consuelo del desvalido, pupitre del estudioso y arma arrojadiza del cabreado. De su interior salían a la luz las cosas más dispares que el ingenio humano pueda depararnos, y nada más lejos de un «Celta» señorial, elegante y marchoso que las modernas mochilas, cómodas, irrompibles, resistentes, livianas, con armaduras metálicas adaptables a toda clase de anatomías, pero feas como un pecado. El «Celta» no estaba estudiado para que se adaptara al cuerpo, sino para que el cuerpo se adaptara a la rigidez del «Celta». Aquélla no era época de molicie ni las marchas eran paseos tras la siesta, sino

actividades de formación. Por ello, quien no aguantara la marcha por etapas y el «Celta», podía quedarse en casa tranquilamente. Tengan en cuenta que del Frente de Juventudes han salido buena parte de los liberales españoles de hoy.





## 14. La Cruz de los Caídos.

Para que yo creciera  
sobre una Patria hermosa  
mis hermanos mayores  
cayeron cara al sol

IGNORO si se construía antes la Cruz que el campamento fijo, o el campamento fijo antes que la Cruz, pero ambos estaban indisolublemente unidos, aunque las Juventudes de Acción Católica, pasadas más tarde a la contestación política y al marxismo, recabasen para sí el monopolio del sentido católico de la existencia. Cruz, de piedra o de madera, había en los campamentos fijos, levantada en paraje recoleto en el que se pudiera orar y oficiar el Santo Sacrificio lejos del bullicio campamental; y Cruz había en los campamentos volantes, la que hacíamos con dos ramas y plantábamos cerca de las tiendas para que nos sirviera de amparo y ejemplo. No piensen, sin embargo, que se daban entre nosotros los cuellos torcidos, los meapilas del tres al cuarto o los chupacirios con adorno de lámpara votiva. Ni pensarlo, que la interpretación de que debíamos ser mitad monjes, mitad soldados se separaba radicalmente de la glosa ortodoxa de la tradicional consigna, cosa ésta que nos valía alguna que otra reprimenda fraternal del pater.

Cruces había de todas clases y tamaños. Labradas en piedra y sobre roca, de mampostería, de mármol elegante, de madera desbastada con azuela o en bruto, de maderos cortados en serrería... Unas tenían un basamento que servía de altar, otras un jardincillo que cuidaban los acampados, y las más, nada. Se erguían del suelo absoluto hacia el cielo absoluto sin otros adornos que los del paisaje agreste y el verdor de los pinos. Gigantescas o diminutas las cruces eran la profesión de fe de una generación que entendía religión y Patria como símbolos incardinados en la palabra España. Nos lo había advertido José Antonio: la religión católica es clave de los mejores arcos de nuestra historia, como también nos había legado que lo religioso y lo militar eran las únicas maneras serias y enteras de entender la vida.

Cae la tarde en el campamento. Las banderas han sido arriadas. Ahora, a una orden del jefe del campamento las unidades se ponen en marcha a paso de desfile, mientras cantan «Yo tenía un camarada». Resuenan los pasos y las notas en el silencio del monte o la llanura y una emoción mil veces repetida nos embarga a todos. Vamos a formar ante la Cruz, a cumplir el homenaje diario a los Caídos, aquellos que señalaron las estrofas del himno jonsista premonitorio:

«Juventudes de vida española y de muerte española, también. Ha llegado otra vez la fortuna de arriesgarse a luchar y a vencer».

Llegó la fortuna y se arriesgaron a morir y vencieron, y con su muerte nos dieron el ejemplo supremo de desprendimiento y amor a España. Y nos dejaron la vieja consigna:

«Nuestra sangre es eterna y antigua como el sol, el amor y la mar; por las glorias de siglos de España no parar hasta reconquistar».

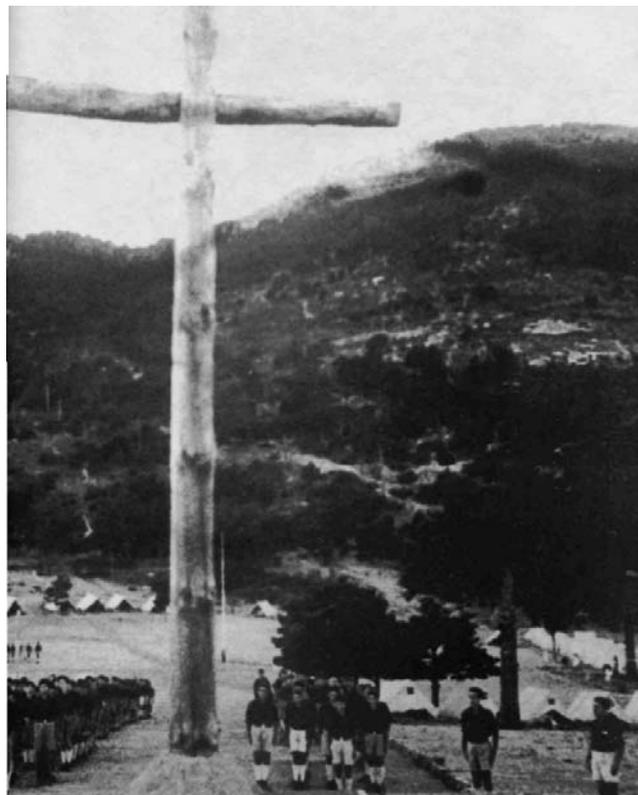
Delante marcha la escuadra que confeccionó la corona. En Levante se hacía de adelfas; de «baladre» y de pino o romero en los montes, y de ramas y hojas de la flora particular de la comarca en otros lugares. Era un honor hacerla y hacerla lo mejor posible, superior a la que se ofrendó el día anterior y a la que se pudiera ofrendar al día siguiente. Ya están todos delante de la Cruz y se ordena silencio. El jefe del campamento lee la «Oración de los Caídos», de Sánchez Mazas, y el pater reza un padrenuestro, contestado al unísono, y se pronuncia la invocación de ritual: «Caídos por Dios y por España. ¡Presentes!» Y presentes están y sirven como ejemplo de reconciliación entre los acampados, unos de una zona y otros de la enemiga, muchos de cuyos padres lucharon en trincheras enfrentadas.

«Yo tenía un camarada, entre todos el mejor...»

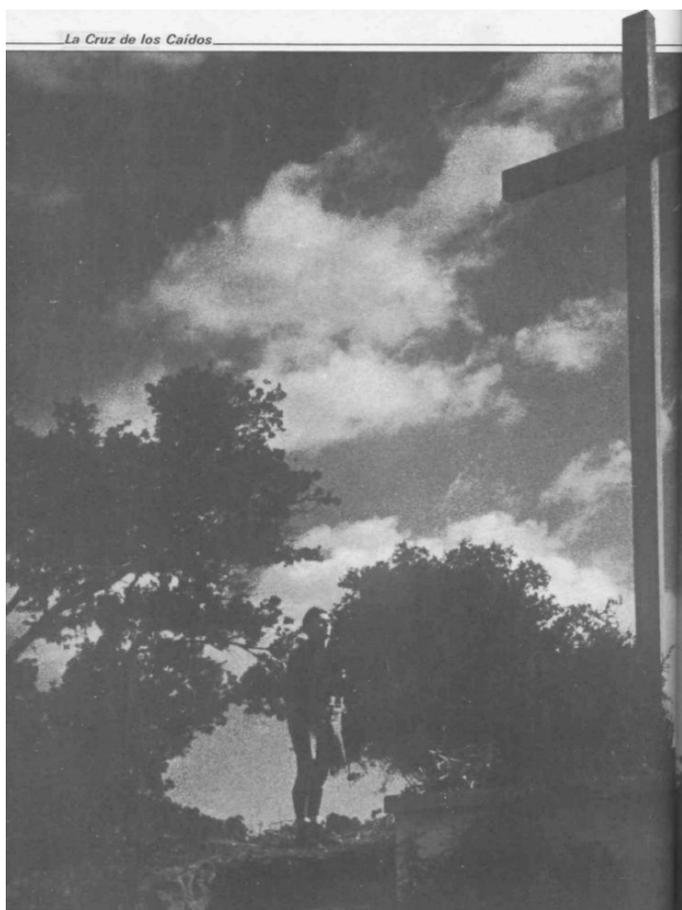
Desciende la noche. Vuelta al campamento bajo las estrellas ya. Un escalofrío recorre la formación. Queda atrás la Cruz que sirve de guía en las confesiones, a la hora del paseo, junto al pater, paseo que sólo se interrumpe para dar la absolución al joven arrepentido que recibe la bendición de rodillas. En seguida, la cena y el fuego de campamento. Luego, el toque de silencio.

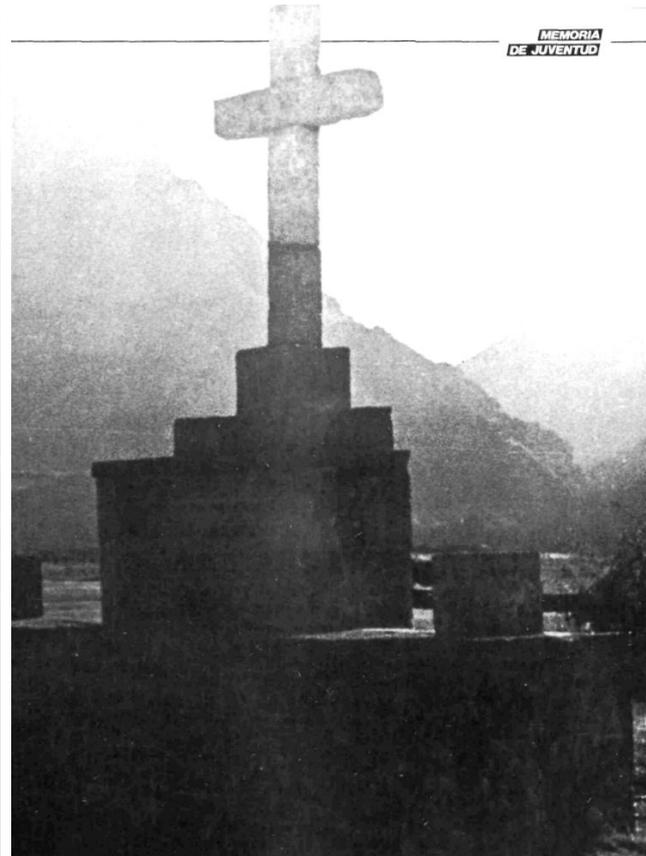
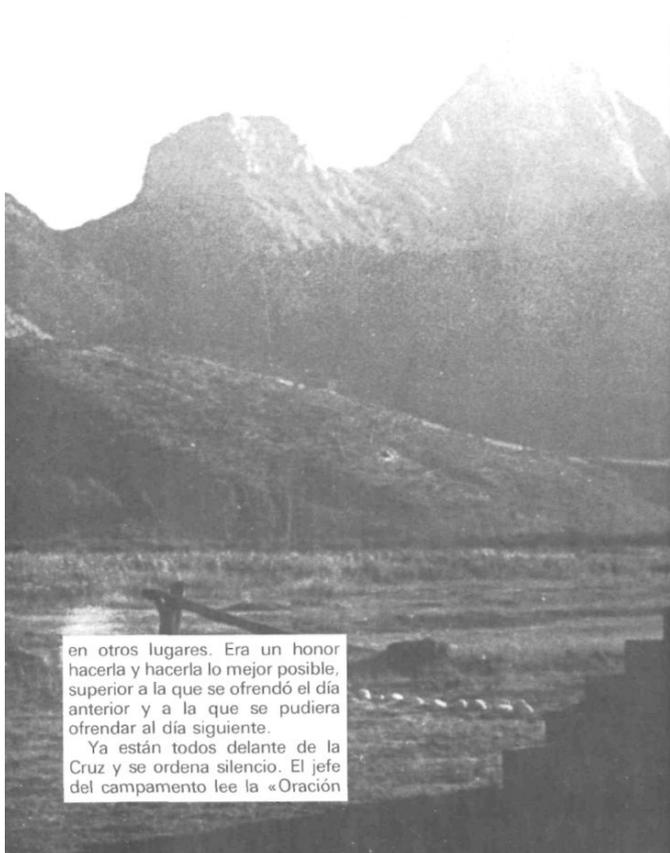
«Padre nuestro que estás en los cielos...»





ELEGÍA POR LA GENERACIÓN PERDIDA





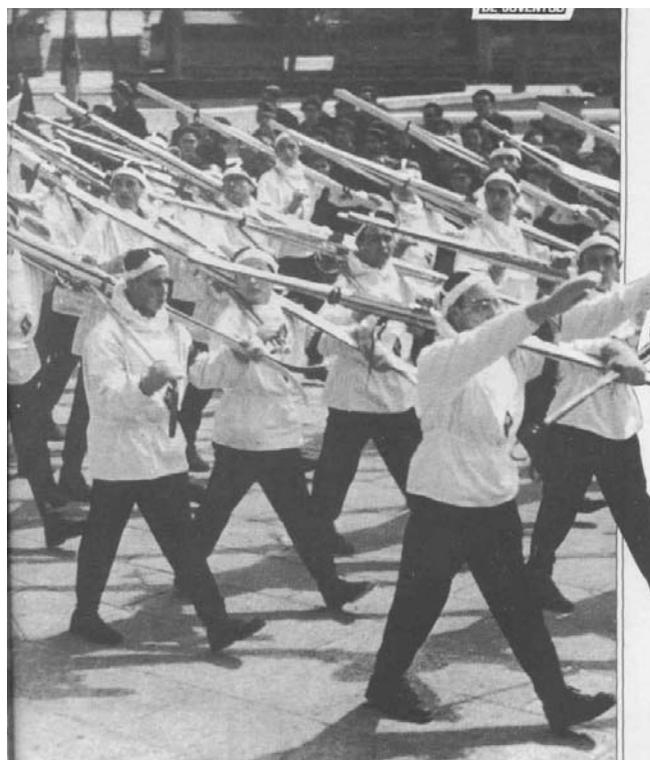
## 15. Un mito de altura: los montañeros.

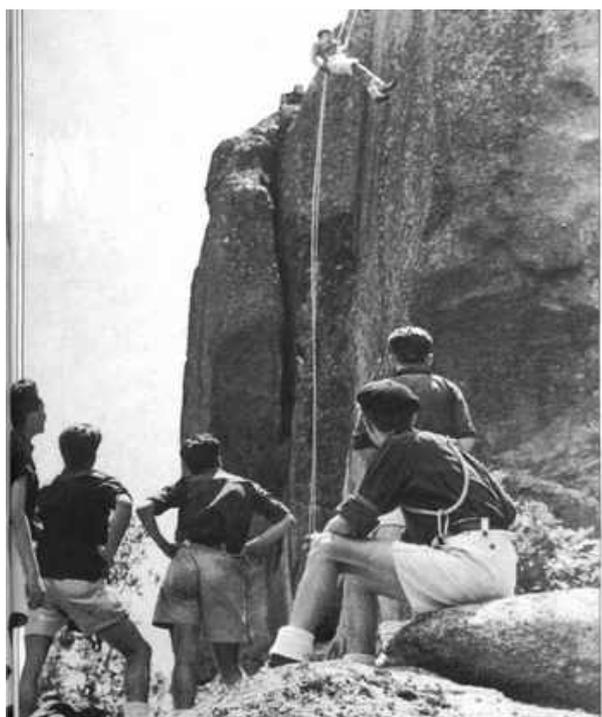
Nos vamos a la montaña  
para aprender a formar,  
más cerca de los luceros,  
la Patria, Justicia y Pan.  
Marchamos sobre la nieve,  
subimos el paredón,  
y, bajo el sol y los fríos,  
sólo pensamos en Dios.

TODA grande o pequeña historia tiene sus mitos, sus leyendas, sus héroes. El Frente de Juventudes, las Falanges Juveniles de Franco, para ser más exactos, tenían, por lo que a Madrid se refiere, al menos, los suyos. Un buen mito, por ejemplo, eran los montañeros. La Centuria de Montañeros resultaba tan legendaria como las promociones de «Sancho el Fuerte», «Ordoño II» o «Emperador Carlos». O como en otro orden de cosas resultaba sobresaliente la centuria «Crucero Baleares», que tenía fama de camorrista por la juvenil contundencia con que solían responder a las bravuconadas de los adeptos a la «segunda vuelta», tras el descalabro europeo de la Segunda Guerra Mundial. A lo que iba: los montañeros surgieron como núcleo, probablemente, antes que el Frente de Juventudes: durante los años de las Organizaciones Juveniles, pero cobraron su prestigio a partir de la Ley Fundacional de 6 de diciembre de 1940.

Han transcurrido cuarenta y cinco años. Todavía se ven. Todavía se reúnen. Son como una gran familia. El día 22 de junio de 1983 visitaron «El Alcázar» y dejaron una placa de plata. Bajo el escudo de la centuria puede leerse esta dedicatoria: «La Centuria Montañera de Madrid al diario "El Alcázar", en reconocimiento de su lealtad a España. Junio 1983.» Sería interminable la relación nominal de todos ellos: algunos han cruzado la barrera de los sesenta y cinco años; otros no han llegado a los cincuenta y cinco, según las promociones, claro. Pero todos se reúnen a plazo fijo y celebran una misa en el Santuario de Nuestra Señora de las Nieves, en el Puerto de Navacerrada. En esta ejemplar familia hay un general, algunos coroneles, industriales, abogados y médicos, publicistas, periodistas y escritores y gentes de empleo modesto. Eran, en el tiempo de que os hablo, mozos espigados que nos miraban a los chiquillos, a los «flechillas», con cierta insolencia juvenil. Iban de acá para allá sobre la violenta orografía de la Patria: de los Picos de Europa al de la Veleta. Pero tenían su corazón enterrado en el macizo del Guadarrama, junto a la Mujer Muerta o a los pies de La Maliciosa o en alguna cresta de Siete Picos. De aquella unidad, por entonces bachilleres avanzados o incipientes universitarios, salieron buenos mandos para otras centurias y cadetes para las academias militares de Tierra, Mar o Aire, o padres de familia para la larga paz conquistada por Francisco Franco. Impusieron su moda en los uniformes juveniles: la media blanca, por ejemplo, de origen bávaro, quedó incorporada definitivamente al atuendo juvenil, como el pantalón tubo azul marino para el invierno o la chaquetilla o el jersey azul con el ribete blanco en el cuello.

La práctica del montañismo fue extendiéndose poco a poco a toda la Organización, que socializó el esquí, deporte, hasta entonces, exótico, reservado para millonarios. También popularizaron el amor a la montaña. ¿Quién habla hoy con novedosa pedantería del ecologismo...? Ellos, como después nosotros, amamos la montaña y la cuidábamos con respetuoso y disciplinado gesto educador. Por lo que a Madrid se refiere, la Sierra ha sido invadida, maltratada, arrasada, violada por muchos de los que luego se proclaman «verdes». Fue una gran unidad que aún supervive en perenne y hermosa lección de camaradería y amistad. Muchos tienen nietos, buenos amigos y, acaso, un secreto común: la imagen de Nuestra Señora de las Nieves en el bolsillo de sus carteras. Muy cerca del corazón.









## 16. Cuando el 20-N era el Día del Dolor

Échale amargura al vino  
y tristeza a la guitarra  
compañero, nos mataron  
al mejor hombre de España

HIJO, te dejo el termo del café en la cocina; ponte el despertador y no hagas mucho ruido para no despertar a tus hermanos.»

Y antes de dormirnos revisábamos el uniforme dispuesto sobre una silla, poníamos el despertador adelantado y rogábamos a Dios nos librara de la pereza y nos hiciera diligente. Era como un rito: nos levantábamos en cuanto sonaba el despertador, aun antes del alba, que en noviembre la noche señorea al día, vestíamos la camisa azul sobre cualquier prenda de abrigo que no asomara bajo el uniforme y nos lanzábamos a la calle, pantalón corto, de dril, las medias gris azulado, con escaquin blanco o las medias blancas, copiadas de las centurias de montañeros, y las botas reglamentarias de piel de becerro, en negro durísimo, con las suelas claveteadas.



Hora temprana aquella: calles desiertas, calzadas relucientes por la lluvia o esquinas difuminadas por la niebla. A pesar de todo, salíamos corriendo, sin sentir el frío, volando hacia los hogares donde nos precedían los jefes de centuria, y en seguida, a paso de desfile, de tres en fondo, banderín al frente, ausentes las canciones, marchábamos hacia el Templo, sin otro ritmo de parche o tambor, trompeta o gaita, que el de los clavos de las botas al golpear contra el pavimento.

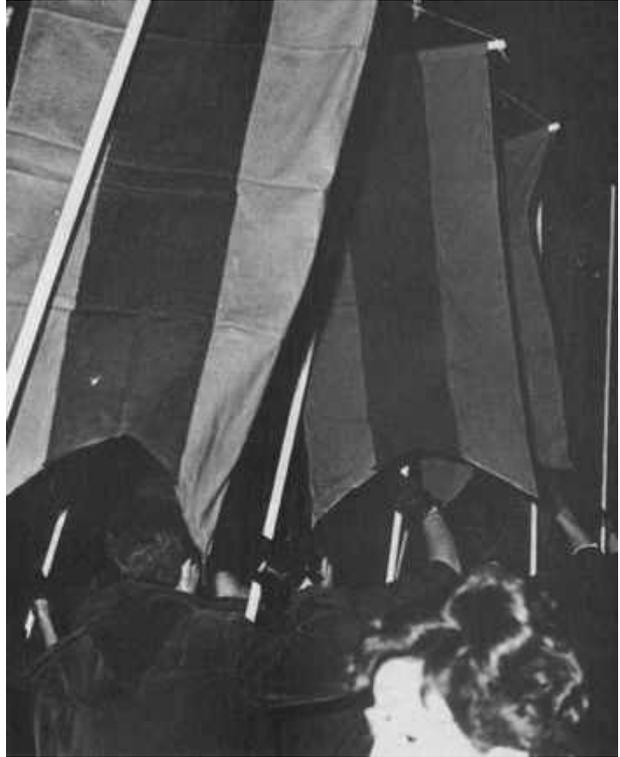
Era el 20 de noviembre, aniversario de la muerte de José Antonio, del Jefe, cuya doctrina seguíamos sin conocerlo, y cuya vida nos servía de modelo, joven eterno en las fotografías que presidían, junto a las de Franco, nuestros hogares. Era el día del Dolor, sí, del Dolor, sin más, al igual que el 1 de abril, conmemoración de la Victoria, el de la alegría de la Patria recobrada, el de la reconciliación verdadera, sin reserva alguna por nuestra parte, el del perdón entre hermanos, era el de la Canción y el del Amanecer; el de la salida de las carabelas de Colón, el 4 de agosto, y el de la Madre, el 8 de diciembre.

Funeral solemne en todas las provincias. Después, la lectura del Testamento del Fundador, al filo de la hora fatal de las descargas, y la emoción contenida cuando escuchábamos, una vez más, las invocaciones a la unidad de la Patria y a la justicia social y el último deseo del Jefe ausente: «Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia.» Escuadras seleccionadas, las mejores, asistían a la vigilia y hacían guardia en el patio de la cárcel de Alicante, en el lugar donde se hizo la primera unificación con la sangre de los falangistas y requetés que precedieron en el sacrificio a tantos otros que murieron con la camisa azul y la boina roja en los campos de batalla.

Funerales solemnes en todas las provincias (¿dónde están hoy aquellas autoridades civiles y militares, las jerarquías del Movimiento y las fuerzas vivas que llenaban los templos?), aunque ninguno tan solemne como el del Escorial con la ofrenda por el Caudillo de las cinco rosas y la corona de laurel que llevaban los jóvenes en una marcha nocturna que se hacía interminable. Cuesta de las Perdices, Puerto de Gala-pagar, repecho de la estación de El Escorial, ¿quién no tuvo jamás deseos de abandonar, miedo a fracasar o la angustia del repechón cuando la amanecida silueteaba las torres del monasterio y hacía huidizas las peñas que trepan hasta la silla del buen rey católico y español? ¿Quién no recuerda el frío lacerante, y la lluvia, y el paso rápido, y la luz mortecina de los faroles oscilantes y el «Cara al Sol» último con el que despedían la corona los camaradas que no tenían cabida en la marcha, y a los que acompañaban, en vehículos o a pie, en marcha paralela, largos trechos hasta que en el silencio de la madrugada volvía a escucharse el ritmo

castrense de las suelas claveteadas y las respiraciones jadeantes que precedían al relevo de los portadores?

Allí, al pie de los sillares tallados, terminaba nuestro cometido y desaparecíamos de la ceremonia litúrgica oficial. La corona era la ofrenda de la Vieja Guardia aunque la lleváramos jóvenes y aun niños, llegados a la Falange por el camino de la norma y no sólo por el del corazón. Habíamos marchado toda la noche por la ruta del pensamiento y la canción reprimida, sin otro guía que el homenaje al héroe, el amor a la Patria y el afán de servicio. Así éramos y así andábamos al amanecer, aguantando el cansancio, al igual que habíamos aguantado el hambre, los bombardeos y la orfandad. Íbamos tristes, pero con el corazón alegre al tiempo porque teníamos el orgullo de la Patria renacida y nos esperaba El Escorial, vertical como el estilo de la Falange. ¡Qué importaba que aquel fuera el primero y el único relevo político consentido...!



221



## 17. Un encuentro familiar: Franco y la juventud.

Tenemos un Caudillo  
forjador de nueva historia.  
Es Franco,  
nuestro Guía y Capitán.

LOS encuentros entre el i Generalísimo Franco y la juventud española fueron constantes, si bien las fórmulas tuvieron unos matices tan diferentes que, a través de ellas, podría hoy dibujarse el perfil de la variante posición de España en el mundo durante aquellos años, del reflejo de las convulsiones universales sobre nuestro pueblo y de la mayor o menor firmeza y popularidad del sistema político en cada una de estas circunstancias. En el espléndido libro de José de Arriaca («Cancionero de juventud», Editorial Doncel) se hace una distinción perfecta de estos avatares a través de las canciones que correspondieron a esas etapas. El autor de esa obra divide los períodos históricos en capítulos que se corresponden con el cancionero de las JONS y sus himnos de combate: las canciones de la Cruzada de Liberación, las que van surgiendo en la propia Organización Juvenil, la Paz, el nacimiento del Frente de Juventudes, la Segunda Guerra Mundial, el aislamiento, el ingreso de España en la ONU...

Es cierto que cada instante tuvo su estrofa y su clave musical; igualmente es cierto que Francisco Franco graduó prudentemente, pero sin interrumpirlos jamás, sus encuentros con sus Falanges Juveniles, que eran, naturalmente, dentro del Frente de Juventudes, la sal y la levadura de aquellas generaciones. Los desfiles de la Victoria y el específico desfile del 1 de Octubre, ante la tribuna que se levantaba en la fachada principal del Palacio de Oriente, hasta las habituales conmemoraciones religiosas o funerales que permanecieron intactos hasta el fin de los días del Caudillo. El Frente de Juventudes desfiló en el Paseo de la Castellana de Madrid el 1 de Abril, hasta 1945. Ese año, al llegar el 1 de Octubre, tampoco se celebró la Gran Parada Juvenil de la calle de Bailen ante el Jefe Nacional de FET y de las JONS. El acto quedó reducido a una presencia brevísima del Generalísimo en los balcones del Palacio de Oriente que dan a la Plaza de la Armería, donde se concentraron las unidades que otros años desfilaban solemnemente en dirección a la Plaza de España. El humo beligerante de la contienda universal trataba de envolver a España, y todos —los que habían olvidado sus halagos y promesas ante la neutralidad con honor, y los que fueron derrotados entre 1936 y 1939 en España— levantaban un dedo acusador contra el Régimen de Franco, e incluso prometían toda suerte de apoyos a quienes estuvieran dispuestos a derrocarlo...

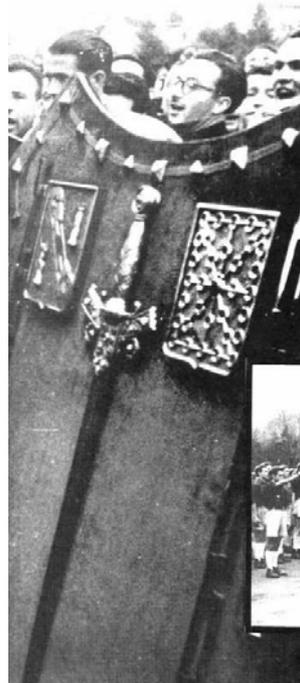
En el viraje del Estado, que se vio forzado a ejecutar una maniobra de distracción que violentaría, de alguna manera, los propios cimientos del sistema, cayeron todas aquellas conmemoraciones, y se estableció lo que en principio parecía una barrera de silencio entre el Estado y el Movimiento, cuyo Secretario General dejó de ostentar la categoría de Ministro. La preocupación del Caudillo por la juventud, tal y como él la había imaginado a través de su «obra predilecta», permanecía latente. Y, en pleno aislamiento, la juventud volvió a comparecer ante el Generalísimo el 28 de marzo de todos los años — aniversario de la liberación de Madrid— en el Palacio de El Pardo—. Cambió el escenario, cambió la popularización del espectáculo y se redujo a la intimidad, más auténtica, acaso, del recinto vallado de lo que fuese coto de caza de la Casa de Borbón. El 28 de Marzo se reanudaron, pues, los encuentros oficiales entre el Jefe Nacional y las Falanges Juveniles. En esa jornada se hacía entrega del «Trofeo del Caudillo» a la provincia más destacada en la actividad juvenil, y se premiaba con condecoraciones a los más ejemplares y laboriosos escuadristas. El Secretario General del Movimiento, el Delegado Nacional del Frente de Juventudes, el Secretario Nacional, el Ayudante Nacional para las Falanges Juveniles de Franco y otros mandos acompañaban al Caudillo, que presidía el desfile desde el balcón central de lo que sería hasta su muerte la residencia del Jefe del Estado.

Madrid y España iban lentamente saliendo de la pobreza y adquiriendo una fisonomía distinta, un nivel mejor, una dignidad más acorde con el tiempo que vivía, aunque el bienestar, paradójicamente, iba a ser, tal vez, un lento y letal enemigo de aquel fervor que configuró el alma de tres generaciones de españoles. Entre los altos honores y largos servicios de Francisco Franco a España, jamás olvidó el de ser «guía y capitán» de sus juventudes.



**AL CAUDILLO DE ESPAÑA**  
el frente de Juventudes disciplinado y entusiasta,  
como un ejemplo de las actividades diarias  
de sus Falanges Juveniles de Franco,  
que siguen fervorosas su mandato.















## 18. Un mástil varado.

Cuando la luz del sol, entre montañas,  
 anuncia que amanece el nuevo día;  
 el mástil que preside el Campamento  
 eleva sus banderas extendidas.

DESDE lejos aparentaba ser el palo mayor de un velero varado en el valle o la ladera; conforme nos acercáramos, de aquel tronco gigantesco parecían pender girones del velamen cuyos pedazos desprendidos tapizaran el puente y la cubierta del navío. Era como la calma chicha que sigue a la tormenta. Y, sin embargo, aquel resto vegetal que se alzaba hasta el cielo no era palo mayor, sino mástil campamental; los girones de velas, tres banderas, y los retazos de lona blanca, pequeñas tiendas de campaña.

El mástil, blanco, presidía la actividad diaria del campamento y concitaba la ilusión de los acampados a la hora del premio, la citación en la orden del día, o el dolor por el castigo concretado en una calificación negativa, la prohibición del paseo o cualquier labor de policía fuera de la guardia reglamentaria. ¡Ah!, el mástil dejaba entonces de ser cucaña de ilusiones para transformarse en rollo o picota moral para el autor de algún pequeño desaguisado. Junto a él, al arriar banderas, aun mejor que al izarlas, quizá por la solemnidad de la atardecida, las centurias en formación de revista, bien peinados los escuadristas, perfectamente afeitados — ¡ay aquellos cuatro pelos en guerrilla que sombreaban un tanto el labio superior!—, tirantes las medias blancas, las botas como espejos, limpios todos, relucientes. A su pie, los mandos: el jefe del campamento o del albergue, el subjefe, el jefe de día, el pater, el médico y los jefes de formación política y de las restantes actividades. Y en seguida, banderas al viento, en izada o bajada lenta, mientras en el valle o la ladera resonaba el «Cara al Sol».

El mástil era testigo mudo de la vida del campamento. Renunciaba a su protagonismo tras la jornada mañanera y volvía a ser eje al morir la tarde, poco antes de que las Centurias ofrendaran la corona en la cercana Cruz de los Caídos. Momento solemne aquel en el que el elegido explicaba la consigna del día, se anunciaba la escuadra distinguida por el celo de los escuadristas en las tareas colectivas, el aseo de sus miembros, la limpieza y el cuidado de la tienda y parcela, la camaradería y la disciplina, y el jefe del campamento pronunciaba, acaso, un nombre, sólo un nombre de acampado y éste acudía al pie del mástil, con emoción incontinente, para arriar banderas, como el premio más extraordinario y ansiado de la vida del campamento. Y uno, si era el elegido, deseaba, mientras tiraba del cabo, que se levantara el viento e hiciera ondear las enseñas de España, de la Falange y del Requeté, y quedaran como velas hinchadas por la ilusión de los acampados.

Afirma el Diccionario de la Real Academia de la Lengua que mástil es «palo de una embarcación; palo menor de una embarcación; cualquiera de los palos derechos que sirve para mantener una cosa, como casa, coche, etcétera; pie o tallo de una planta cuando se hace grueso y leñoso; parte del astil de la pluma, en cuyos costados nacen las barbas; faja ancha que usan los indios en lugar de calzones; parte más estrecha de la guitarra y de otros instrumentos de cuerda, que es donde en aquélla están los trastes». Pero ni una sola mención al palo donde se izaban las banderas en los campamentos del Frente de Juventudes, ni una concesión a la poesía, quizá porque ya casi no se ven banderas izadas y la cama y el coche suplantaron a la poesía en la sociedad de consumo. Sin embargo, los de nuestra generación sólo entendemos por mástil aquel mástil con la cruceta a cuyo pie soñábamos con aquella consigna de José Antonio a la Falange malagueña tras una modesta comida: «No creáis que voy a parecerme a los demás pronunciando un discurso a la hora de los brindis. Quiero deciros únicamente dos cosas: primera, que hemos comido bastante bien. Pensad que en este instante hay muchos españoles que no comen. Segunda, tenemos sobre nuestra cabeza una lona y, frente a nuestra mirada, un mar azul y transparente. Hagamos de esta lona una vela de navegante y lancémonos de nuevo por el mar a la conquista de empresas imperiales.»

No cabe la menor duda que el mástil era palo de navío varado en el valle o la ladera, y las tiendas, lonas blancas para hacer velas de navegante. Gran ocasión perdida aquélla. No nos dejaron patronear jamás las hermosas singladuras. Tan sólo soñar.



246







## 19. Licenciamiento forzoso (I)

- ¡ Viva la Revolución!
- ¡ Viva Falange de las JONS!
- ¡ Muera el capital!
- ¡ Viva el Estado Sindical!

RESULTAN demasiado simplistas las observaciones personales de don Luis Suárez («Francisco Franco y su tiempo») en el que se refiere a los sucesos del 20 de noviembre de 1955 en el Patio de Reyes del Monasterio de El Escorial. Dice el autor: «Los incidentes de El Escorial estuvieron preparados desde meses antes. Fueron repartidas octavillas y pegados carteles en las facultades universitarias y hasta fabricado un rudo folleto multicopista que, en nombre de Falange, rechazaba la solución monárquica. Desde el 10 de octubre había comenzado a editarse, también a ciclostil, una hoja que pretendía titularse Arriba, II época. Entre los días 11 y 15 de noviembre se produjeron graves incidentes en Valladolid a partir de un discurso de Luis González Vicen, Jefe de la Guardia de Franco (sic), en que reivindicaba el antiguo jonsismo y aludía al esencial anticapitalismo de la Falange primitiva.»

En cuanto a los hechos de El Escorial, asegura el autor: «Franco decidió usar, en el acto, uniforme de Capitán General, y no de Jefe del Movimiento. Aquella misma mañana una centuria de jóvenes falangistas desfiló por Puerta de Hierro entonando una canción injuriosa contra el Jefe del Estado. En el Monasterio el funeral se desarrolló sin incidentes. Franco salió al Patio de los Reyes, donde estaban formadas las centurias, que cantaron, solemne y pausadamente, el "Cara al Sol". El Generalísimo pronunció los tres gritos rituales y salió a la explanada, en donde se hallaban formaciones de camisas azules, muchos venidos a pie desde Madrid la noche anterior, más numerosos que en años anteriores. Coreaban como de costumbre ¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco! De pronto, aprovechando una pausa, un grupo gritó la canción subversiva No queremos reyes idiotas. El Generalísimo mostró la más profunda indiferencia, entró en su automóvil y regresó a El Pardo.»

Casi nada de esto resulta exacto. El Caudillo había acudido en innumerables ocasiones con uniforme militar a los actos funerales del 20 de noviembre: de hecho, durante los años del aislamiento sucedió así. Por otra parte, si bien existía un profundo malestar en las filas del Frente de Juventudes, o, para mayor concreción, de las Falanges Juveniles de Franco y en Primera Línea del SEU, lo cierto es que ese malestar tenía orígenes más profundos que una rabieta juvenil por contemplar este o aquel atuendo, y, en ningún caso, fueron estas organizaciones sujetos de excitación por parte de nadie.

Los males eran otros...

Entre 1940 y 1955 el Frente de Juventudes, con sus Falanges Juveniles de Franco, había ido creando promociones de muchachos que por aquel año de 1955 habían cumplido holgadamente la mayoría de edad o estaban a punto de cumplirla. Se les había educado en una serie de valores morales y de principios ideológicos, y, de hecho, se les había preparado para un relevo generacional que no se produjo. La cuestión sucesoria era, sin duda, la que más desasosiego producía en las jóvenes filas falangistas, pero ello estaba en virtud de la formación recibida, y era, sobre todo, consecuencia directa de las posiciones adoptadas por el Régimen ante los exabruptos dinásticos que precedieron y sucedieron al aislamiento de España decretado por la ONU. En las Falanges Juveniles de Franco se producía un fenómeno insólito: los muchachos se agruparon en centurias, bajo advocaciones laicas y monárquicas; se exaltaba en su formación la realidad de la España consecuente con la acción de la Corona en los siglos XV y XVI, y sólo en aquel orden, chocante, de los manifiestos de Estoril y Lausanne, se creó un espíritu de rebeldía frente a la sucesión que aún no estaba decidida, ni mucho menos. Hasta 1969, catorce años después, no se tendría la certeza absoluta de que el sucesor de la legitimidad histórica del 18 de Julio de 1936 iba a ser Don Juan Carlos de Borbón y Borbón. Los incidentes, en rigor, se produjeron en el Patio de Reyes, y no en la explanada —supongo que alude a la Lonja—, y se originaron después de que fuera cantado el «Cara al Sol»...

Cesó como Delegado Nacional del Frente de Juventudes José Antonio Elola-Olaso, al que sustituyó Jesús López Cancio. Ese día empezaba el declinar de la generación perdida, del Frente de Juventudes, de las Falanges Juveniles de Franco, de todo el arrollador impulso joven que durante la década de los cuarenta y los cinco primeros años siguientes mantuvo en pie de ilusión a la juventud. Vendrían después muchas más cosas, pero no es propósito de este libro el relato pormenorizado de una decepción generacional, por otra parte, en ningún modo atribuible a Franco, sino a la propia «jerarquía» falangista. Nacía la España

consumista, la España próspera de los ilusionados cincuenta y los abundantes sesenta, y atrás quedaban muchas cosas que parecían inútiles o inservibles, como demodé. Tuvieron que pasar muchos más años para que al inicio de los setenta empezase a bullir la contestación universitaria. No quisieron que los jóvenes fueran revolucionarios con camisa azul y lo fueron con camisa roja.

El Régimen quedó sostenido, exclusivamente, por la figura esclarecida de Francisco Franco. Recuerdo que, allá por 1970, compareció ante el Consejo Nacional del Movimiento el Ministro de Educación y Ciencia, don José Luis Villar Palasí. La Universidad estaba tomada por la Policía; las aulas que abandonó el Sistema habían sido arteramente ocupadas por ideologías marxistas, por agitadores, por catedráticos adversarios, a sueldo como funcionarios del Estado. El Establishment levantaba un dedo acusador frente al pobre Villar Palasí, y Villar Palasí, listo como un rayo y crecido tras sus gafas de miope, dijo ante aquel Consejo Nacional: «Señores Consejeros: yo no desmonté el Frente de Juventudes, ni el SEU...» Cuentan que algunos Consejeros Nacionales inclinaron la cabeza y un silencio denso y frío se adueñó del ambiente.

Este puñado de evocaciones debería concluir en la jornada a la que se alude tan equívocamente en la obra «Francisco Franco y su tiempo». Yo estaba en el Patio de Reyes, como jefe de Distrito, al mando de unos muchachos. Salí de allí convencido de que la historia del Frente de Juventudes se había cerrado, como debiera cerrarse en este apartado este libro... Hubo algo posterior, sin embargo, que, por reconocimiento a la víctima de los sucesos, quiero subrayar: la jornada del 9 de febrero de 1956, es decir, tres meses después de que, por vez primera y última en su historia, el Frente de Juventudes se manifestase inquieto y agresivo ante Francisco Franco.







## 20. Miguel Álvarez, un símbolo olvidado (y II).

Somos semilla vertida por la Patria.

Sobre los surcos de su entraña feraz

Nos han prestado los héroes el aliento

Y la cosecha será fecunda en paz.

HE leído, con paciencia, con ánimo escrutador, con talante reflexivo, mucho de lo que se ha escrito a lo largo de los años de la agitación estudiantil que se registró en Madrid durante los días 7, 8 y 9 de febrero de 1956. Resulta hasta cierto punto decepcionante que personas investidas —o «habilitadas», como diría con buen humor el Teniente General Rodrigo, Capitán General de la I Región en aquellas fechas— de historiadores caigan en la tentación de parcializar los hechos, de ofrecerlos al trasluz de una óptica deformada las más de las veces por el interés sectario o la pasión política. Esto, que resultaría hasta cierto punto disculpable en el escritor político, en la pluma con tendencia a la soflama o al panfleto, es de todo punto recusable cuando se ejerce desde la posición que otorga —o se supone que otorga— la cátedra de Historia.

He leído, como digo, mucho en estos días lejanos de aquellos otros que viví hace nada menos que 29 años, y que para mí tienen un significado especial. La más decepcionante de todas las lecturas ha sido la interpretación que de ellas da gratuitamente y con expreso descuido de documentos muy sobresalientes del archivo de Francisco Franco, el historiador Luis Suárez en su ya recitada obra «Francisco Franco y su tiempo». He tenido especial dedicación a esta colección, porque es la más reciente, la más alejada de aquellas horas de tensión, y la que contaba, nada más y nada menos, que con la fuerte solvencia de apoyarse en los documentos del Generalísimo... ¿Cuántos documentos se habrán arrinconado a la hora de extraer los precisos para que la óptica quede enfocada según el color del cristal con que se mira? No lo sé. Tengo, en cambio, la vivencia personal en cuanto a la citación misma se refiere, y el testimonio solvente de algunos caballeros que en aquellos instantes o formaban parte del Consejo de Ministros u ocupaban altas dignidades universitarias o mando de máximo empleo en las Fuerzas Armadas. No sé si en alguna ocasión podré escribir extensamente de todo eso que para mí resulta mucho más sencillo y explicable al confrontar la realidad de entonces con el acontecer de los 29 años que le siguieron.

En febrero de 1956 se produjeron, simultáneamente, varias cosas: un intento de anulación de Falange Española por cuenta de la «Tercera Fuerza», a la que aludió Raimundo Fernández-Cuesta el 29 de octubre de 1953 en el acto celebrado en el campo de fútbol del Real Madrid, en la clausura del Congreso Nacional de FET y de las JONS. La «Tercera Fuerza» era la Tecnocracia, cuyas avanzadillas habían ocupado posiciones muy notables. Por otra parte, la subversión comunista, con el ropaje de la libertad y la democracia, pugnando contra el Sistema y utilizando decepciones o traiciones más o menos singulares. Frente a esa pugna existía algo tangible, concreto, fuerte todavía: junto a la propia Falange fundacional o combatiente, la nacida y crecida después de la contienda, encuadrada en las Falanges Juveniles de Franco o en la Primera Línea del SEU. La conspiración sabía que para cortar la influencia falangista en el Régimen había que cortar por lo sano y mutilar de ese mismo Régimen su parte más prometedor y fecunda. Se hizo así. Desde noviembre de 1955 venía arrastrándose una situación que fue fomentada, distorsionada y explotada desde las más altas cumbres del poder político, económico, religioso y social.

En esta anotación no se trata de analizar aquella circunstancia, sino el resultado que a estas evocaciones le interesa: fue el fin del Frente de Juventudes, a pesar de que el impulso y la voluntad de Franco, designando a José Luis de Arrese para la Secretaría General del Movimiento y recorriendo Andalucía en una exaltación de todos los valores del falangismo, intentó prolongar lo que Luis Suárez llama en su obra el protagonismo de Falange. Era tarde, sin embargo, y ese tiempo en que pudo prolongarse la esperanza no alcanzó ni siquiera el año. La crisis de enero de 1957 —¡once meses después de los disturbios juveniles!— marcó para siempre de forma indeleble la enorme y trágica frontera del Régimen de Franco, y clausuró, sin proponérselo entonces, cualquier posibilidad continuadora tras la muerte de Francisco Franco, acaecida en 1975.

Quede todo reducido, pues, a una pequeña remembranza, al trazado rápido y sutil de las escenas que plastificaron todo el drama anterior que vivía la sociedad política. El 7 de febrero los estudiantes falangistas se enfrentaron, en una minoría abrumadora, con quienes arrancaron la lápida de los Caídos de la Facultad de Derecho. Fueron, lógicamente, desbordados. El 8 de febrero toda la juventud falangista —bachilleres, estudiantes de Escuelas Especiales, universitarios, etcétera— acudió a la sede de la

Universidad Central, en la calle de San Bernardo, para reparar la ofensa infligida a la memoria de los Caídos. El tema de la Universidad se presentó de forma escandalosa, sin que nadie se molestase en explicar las razones de agravio y desagravio que se concitaron en aquella jornada. El 9 de febrero se celebraron los actos en memoria de Matías Montero. Cuando concluyó la ceremonia, que no registró ningún incidente, se dispersaron los muchachos, algunos de los cuales fueron subiendo por la calle de Alberto Aguilera hasta la glorieta de San Bernardo. No era una manifestación: sí era una manifestación, en cambio, la que, a la altura del número 30 de la citada calle de Alberto Aguilera, bajaba en dirección contraria. Los manifestantes, al grito de «¡A ellos, que son falangistas!», cayeron sobre los grupos aislados en la confluencia del bulevar con Guzmán el Bueno. El enfrentamiento fue duro; se produjeron varios disparos y, en medio del bulevar, quedó tendido un muchacho, estudiante de Bachillerato y miembro de una centuria del Frente de Juventudes de Madrid: se llamaba Miguel Álvarez Pérez, y su vida, milagrosamente salvada por el doctor Obrador, en una operación que parecía prácticamente imposible, quedó para siempre señalada por las gravísimas deficiencias motoras que le originó el proyectil que atravesó su cerebro. La sangre de Miguel Álvarez Pérez fue la rúbrica de todo aquello que venía gestándose soterradamente desde hacía muchos años: el licenciamiento definitivo de las promociones que integran la generación perdida. Poco a poco fue desapareciendo de la fisonomía familiar de nuestro pueblo su presencia; poco a poco, también, el Régimen de Franco quedó vacío y sostenido, como digo, por su sola y esclarecida autoridad. Fue una jornada triste, pero definitiva. Cuanto aconteció de entonces hasta el 20 de noviembre de 1975 no tuvo ni la autenticidad ni el entusiasmo de aquella organización que, como un día soñó Ortega y Gasset, se sintió solicitada al heroísmo y peregrinó tercamente hasta El Escorial, donde se levanta muda y elocuente la Basílica del Imperio.









## CATÁLOGO DE OBRAS

### 1. Juan Pablo II, Testigo de esperanza

Autores: Ismael Medina, Javier Carrasco y Juan Antonio Cervera

Documento excepcional del papado de Juan Pablo II, con el más vivo análisis biográfico del Vicario de Cristo, la historia de sus viajes apostólicos por todo el mundo y un reportaje completo de su viaje a España, que incluye, sin omisión alguna, todos los discursos, homilías y mensajes. El volumen se completa con el texto íntegro de las tres encíclicas de Juan Pablo II: «Redemptor hominis», «Dives in misericordia» y «Laborem exercens», así como un análisis crítico del tratamiento que dio la prensa española al viaje papal.

P.V.P.: 975 pesetas.

Colección: Documento Num 1

### 2. Los pasos sin huellas

Autor: Antonio Izquierdo

Novela-símbolo en la que, a través de los sucesos que en ella se relatan —imaginarios en ocasiones; absolutamente históricos en otras— aparece el perfil de esa promoción de hombres y mujeres a la que se ha llamado con cierta arbitrariedad política o intelectual «la generación perdida». No ha sido una generación heroica, pero sí fue una generación ejemplar... Por aquí desfilan con naturalidad, con rutinaria sencillez, como fue su vida.

P.V.P.: 800 pesetas.

Colección: Novela Num 1

### 3. Perseguid a Boecio

Autor: VintilaHoria (Premio Goncourt)

En la vastedad del Gulag un hombre lucha solo por conservar su identidad y su vida. Contra los rigores del régimen, de la Policía y del invierno. Descubrirá, en medio de aquel desierto, «que no hay desiertos» y, también, el secreto pavoroso y alentador de la posibilidad y de la continuidad de vivir. El último capítulo de esta novela es sorprendente porque el autor tira la clave del asunto por encima del tiempo, a los confines de otra época.

P.V.P.: 800 pesetas.

Colección: Novela Num 2

### 4. Sin embargo vivimos

Autor: Pablo Ortega

Es ésta una obra comprometida y contra corriente. Se trata, en efecto, de un grito de protesta contra la triple tergiversación falsaria que está teniendo lugar: la de la Historia o los hechos como fueron; la de las correspondientes razones y, por último, la de una generación que vivió y pensó como tuvo que vivir y pensar.

P.V.P.: 800 pesetas.

Colección: Novela Num 3

### 5. Sin miedo al futuro

Autor: Joaquín Aguirre Bellver

Agudo y perspicaz análisis de la crisis espiritual y política de nuestro tiempo. Para el autor, el cristianismo está viviendo una hora de prueba. Acosado desde fuera por el racionalismo y el materialismo, en su interior se ha desatado el clima de la confusión. Esta es una indagación sobre las esencias del mensaje de Cristo, en la que se recuerda su promesa: «Yo os procuraré un lenguaje y una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir vuestros adversarios.»

P.V.P.: 750 pesetas.

Colección: Ensayo Núm 1

#### 6. El día que ardió La Moneda

Autor: Emilio de la Cruz Hermasilla

La verdad sobre los acontecimientos chilenos que provocaron la caída del régimen socialista de Salvador Allende. En el décimo aniversario del ataque al palacio de La Moneda, este testimonio adquiere un singular valor documental.

P.V.P.: 600 pesetas.

Colección: Novela. Núm 4

#### 7. Recuerdos de una vida

Autor: Pilar Primo de Rivera

Recuerdos y vivencias directas de Pilar Primo de Rivera, hija del general don Miguel Primo de Rivera y hermana de José Antonio, el fundador de la Falange. Evocaciones familiares y políticas en las que se entremezclan anécdotas y acontecimientos decisivos en la reciente historia de España. Desde la dictadura hasta el «cambio». La caída de la Monarquía, la proclamación y crisis de la República, la fundación de Falange y de la Sección Femenina. La guerra y la paz y reconstrucción de España, con la transformación de la mujer a través de la labor cultural, asistencial, social y jurídica de la Sección Femenina. El descontento de la Falange y el ocaso del régimen, hasta la muerte de Franco, y la liquidación de una etapa histórica que abre la gran incógnita del futuro.

P.V.P.: 900 pesetas.

Colección Memorias y biografía Num 1

#### 8. 1973-1983: La década del terror (Datos para una Causa General)

Autor: Equipo «D»

La crónica diaria de la actuación terrorista en España, desde el asesinato del almirante Carrero hasta el ocaso de 1983. Todas y cada una de las acciones subversivas, caso por caso, durante una década dramática marcada por el crimen, el secuestro y el ultraje a los símbolos nacionales.

P.V.P.: 4.500 pesetas.

Colección Documento Núm 2

#### 9. Informe a la superioridad

Autor: Angel Palomino

Un relato pleno de humanidad, en el que resaltan el humor crítico del autor y la amenaza del materialismo tecnológico, vencido, finalmente, por el reencuentro del hombre con Dios gracias a la fe sencilla y la perseverancia de un humilde cura rural, peregrino en Roma, portador de la tosca talla del Cristo de la Expiración de Cuariquito.

P.V.P.: 450 pesetas.

Colección: Narraciones juveniles. Num. 1

#### 10. Ifni-Sahara: La guerra ignorada

Autor: Ramiro Santamaría

Por primera vez se ofrece en este libro una visión amplia y rigurosa de lo ocurrido en aquella guerra, tan desconocida para los españoles. El autor cuenta las jornadas que vivió como testigo directo de los combates, la actuación de todas y cada una de las unidades de los tres Ejércitos que participaron en la lucha, así como el comportamiento ejemplar de la población civil. La obra se completa con abundante documentación inédita.

P.V.P.: 750 pesetas.

Colección Ensayo

#### 11. La red del poder

Autor: Juan Antonio Cerrera

Excepcional documento sobre la red oculta que detenta el poder mundial y pretende someter a la Humanidad a su dominio exclusivo. El análisis del autor, pleno de datos veraces y contrastados, arranca del siglo XIV y llega hasta nuestros días con amplia bibliografía.

P.V.P.: 875 pesetas.

Colección; Ensayo

#### 12. Clave de mí

Autor: José Luis Sáenz de Heredia

Una divertida crónica en la que el popular director cinematográfico nos cuenta, en clave de humor crítico, su personal visión de Inglaterra, más una serie de meditaciones, irónicas y sarcásticas, profundas todas, sobre la España de la transición.

P.V.P.: 750 pesetas.

Colección: Ensayo. Núm. 4

#### 13. Una luz tras el ocaso

Autor: Antonio Izquierdo

Un relato de ciencia-ficción política en el que el autor, a través de una fluida narrativa en la que la ficción es en ocasiones realidad, y la realidad, ficción, analiza el mundo actual, con sus angustias, sus esperanzas, sus alucinaciones, en busca de un desenlace que reside firmemente en la esperanza de una doctrina política inmarcitable. En un admirable juego literario, Antonio Izquierdo convierte en personajes de ficción los que son personajes reales, vivos, influyentes, y eleva a lo puramente real y cotidiano aquellos que son sólo producto de la imaginación del autor.

P.V.P., 650 pesetas.

#### 14. Memorias de un actor

Autor: Adriano Domínguez

Uno de los actores más populares durante las últimas décadas hace la reposición escrita de sus experiencias en el teatro y en el cine y, por reflejo, proyecta también escenas de la vida de España desde el final de la guerra hasta nuestros días.

El «flash back» de Adriano Domínguez arranca del atentado perpetrado en 1979 por el GRAPO contra la cafetería «California 47», en el que el autor de este libro resultó milagrosamente ileso, y desvela, con abundancia de anécdotas, muchas claves de la época y de los personajes que fueron y aún son, imagen de portada en las revistas nacionales y extranjeras.

P.V.P.: 500 pesetas.

#### 15. Balada final de la División Azul

##### 1. Los legionarios

Autor: Fernando Vadillo

El mejor historiador de la División Azul inicia con este libro una trilogía que cierra su larga serie sobre la actuación de la División Española de Voluntarios, o División 250, en los frentes de Rusia. Narra exhaustivamente la actuación de la llamada «Legión Azul», últimos combatientes españoles contra el comunismo soviético en Europa.

P.V.P.: 700 pesetas.

Colección. Ensayo Num 6

16. El «golpe» socialista (Octubre, 1934)

Autor: Enrique Barco Teruel

La más detallada historia escrita hasta ahora sobre la revolución separatista y socialista de octubre de 1934. La verdad y los testimonios del «golpe de Estado» anticonstitucional, perpetrado simultáneamente por la Generalidad de Cataluña, con la proclamación del Estado Catalán, y por el Partido Socialista Obrero Español, levantado en armas contra el Gobierno legítimo de la II República, con la intención de implantar una república soviética de obreros y campesinos

P.V.P.: 800 pesetas.

Colección: Ensayo Ni

17. Tomar café en el Peñalba

Autor: Ricardo Vázquez-Prada

Novela testimonial, cruda y realista, en la que el autor relata, a través de una sólida trama narrativa, la angustia, el drama y la epopeya de las mil y una historias humanísimas del cerco y defensa de Oviedo.

P.V.P.: 750 pesetas.

18. Salvador Dalí.

Nacimiento, vida, pasión, muerte, resurrección y gloria

Autor: Antonio D. Olano

Apasionante biografía del más grande y universal de los genios de la pintura española contemporánea, contada por uno de los más fieles e íntimos amigos del pintor de Cadaqués, con la espontaneidad, la ironía y la amenidad que caracterizan al gran reportero y escritor que es Antonio D. Olano. P.V.P.: 1.650 pesetas

Colección: Memorias y biografía Núm 3

19. El gallero

Autor: Emilio de la Cruz Hermosilla

Una novela testimonio, basada en la vida de un «indiano» español, figura central de la narración, quien, a través de su negocio como vendedor de gallos de pelea en Cuba, describe la vida alegre y feliz de la Perla de las Antillas antes de su caída bajo el régimen comunista de Fidel Castro. La trama continúa en la Cuba de Fidel, el hijo de aquel esbirro de la «United Fruit» especializado en la caza de negros fugitivos de los ingenios y plantaciones.

P.V.P.: 800 pesetas.

Colección: Novela Núm. 6

20. Inconsciencia

Autor: José Jordá

Sorprendente revelación de un autor octogenario que en esta obra postuma y única sorprende con el hallazgo de unas reflexiones, profundas y amenas, que son una sonora llamada de atención y, además, un emocionante y amoroso homenaje de fidelidad y recuerdo a quien fue su esposa y guía.

P.V.P.: 850 pesetas.

Colección: Ensayo. Núm 8

21. España: un pueblo, una idea

Autor: Joaquín Aguirre Bellver

A la angustiosa y dramática pregunta ¿Qué es España?, responde el autor de este magnífico y esclarecedor ensayo con una definición que es síntesis y resumen del pensamiento de los españoles más lúcidos de nuestro siglo. Joaquín Aguirre profundiza en las raíces culturales e históricas de nuestra Patria y aporta, luminosamente, un haz de ideas esenciales de nuestra identidad nacional, como firme sustento de futuro.

P.V.P.: 700 pesetas.

Colección: Ensayo

22. Las ánimas del Curato

Autor: Angel Oliver

Toda la fascinación del alma y el paisaje gallegos en una singular y fantástica novela, de desbordante imaginación satírica, que rompe los esquemas tradicionales del género literario para que el lector goce con las aventuras y las historias de los que fueron, son y serán, en la Santa Compañía, habitantes de Montecoruto. De todo lo cual da fe Permín dos Carballás.

P.V.P.: 800 pesetas.

Colección Novela

23. La comendadora

Autor: Rafael Canalejo

En la plenitud de nuestro tiempo, sobre el paisaje de Fuenteovejuna y la estructura social actual, las emociones humanas, la ambición, el amor, el crimen, el honor y la venganza, forman la trama tensa y apasionante de esta novela, trasunto vigente del drama clásico inmortalizado por Lope de Vega.

P.V.P.: 950 pesetas.

Colección: Novela Num 8

24. Mosaico andaluz

A utor: Eloy Herrera

Un bello abanico de poemas dedicados a todas y cada una de las provincias andaluzas y al arte taurino, como homenaje del gran poeta, novelista, comediógrafo y actor a la tierra que le vio nacer.

P.V.P.: 600 pesetas.

Colección: Poesía. Num 1

25. José Antonio, ese desconocido

Autor: Antonio Gibello

Prólogo: Antonio Izquierdo

La visión más completa y rigurosa publicada sobre la personalidad y el ideario de José Antonio Primo de Rivera, escrita, con objetividad polémica, desde la perspectiva política, social y económica de la España de 1985. Una réplica razonada y enérgica a las insidias e inexactitudes de Ian Gibson y otros autores de la escuela deformadora, con aportación de documentos inéditos y testimonios esenciales para la comprensión de la vida y obra del fundador de la Falange.

P.V.P.: 1.300 pesetas.

Colección: Memorias y Biografía Núm 4

26. La herencia

Autor: Waldo de Mier

Amenísima crónica de cuarenta años de historia en los que el español pasó de la alpargata al automóvil; del «tren de la fresa» al Talgo; del botijo al refrigerador; del carro de muías al «Pegaso»; de las «fábricas» de churros y patatas fritas a la industria pesada y aeronáutica; de la tartana al súper-reactor; de las coplas de ciego al televisor; de la Corrala al turismo mundial; del «contigo pan y cebolla» al trabajo fijo, la protección familiar, la Seguridad Social y la jubilación pensionada.

Dedicada a los españoles que, desde el 18 de julio de 1936 al 20 de noviembre de 1975, contribuyeron al restablecimiento de la unidad de la Patria, a su transformación, engrandecimiento y progreso y que están limpios de perjurio, traición y cobardía.

P.V.P.: 850 pesetas.

Colección: Ensayo Núm. 10

## 27. Europa, Gibraltar y la OTAN

Autor: General Francisco Casaldueiro

Una respuesta nacional frente al falso dilema ¡OTAN, SI!; ¡OTAN, NO! Un razonado análisis histórico y estratégico con las ideas clave para que España adopte una actitud digna e independiente, capaz de rescatar la plena soberanía sobre el Peñón y, mediante el reforzamiento del eje Baleares, Melilla, Ceuta, Gibraltar y Canarias, contribuir a la seguridad y defensa de Europa contra la amenaza de invasión soviética.

P.V.P.: 500 pesetas.

Colección: Ensayo. Núm. 1 1

## 28. Sucedió en Brasil

Autor: José Luis Casas

Pormenorizado y reflexivo relato en el que se cuenta cómo, cuándo y por qué Alvaro Castelovento Meiga tomó lamentada decisión de arreglar el mundo.

P.V.P.: 950 pesetas.

Colección: Novela. Num. 9

## 29. Elegía por la generación perdida (Memoria de juventud)

Autores: Antonio Izquierdo y Juan Blanco

En una tarea de búsqueda e investigación por toda clase de archivos; profesionales, unos; privados, otros, Antonio Izquierdo y Juan Blanco han conseguido reconstruir el álbum gráfico de las promociones de españoles que integraron la generación del Frente de Juventudes, la llamada generación perdida. De especial utilidad han sido determinados archivos privados, generosamente cedidos para los fines que se proponía esta obra, pero dada su amplitud temática no deseamos ignorar las aportaciones de hombres que, procedentes de la Organización —Menoyo, Poveda, etc.— han puesto a disposición de los autores documentos gráficos referidos a aquella época. El formidable álbum ofrece imágenes vivísimas, elocuentes, de quince años de la vida del Frente de Juventudes: 1940-1955... Antonio Izquierdo y Juan Blanco han aportado la composición literaria, precisa, evocadora, informativa siempre, a este enorme retazo gráfico, en pura imagen, de una generación ejemplarísima de compatriotas. Los dos autores del libro ofrecen, junto con su propia creación, algo resueltamente decisivo: sus vivencias en la vida cotidiana de aquella Organización.

P.V.P.: 1.000 pesetas.

Colección: Documento. Num. 3

## 30. Jesús Creciente

(Introito imaginario a la Vida Oculta del Señor)

Autor: José María Sánchez -Silva

Medalla Internacional «Hans Christian Andersen»

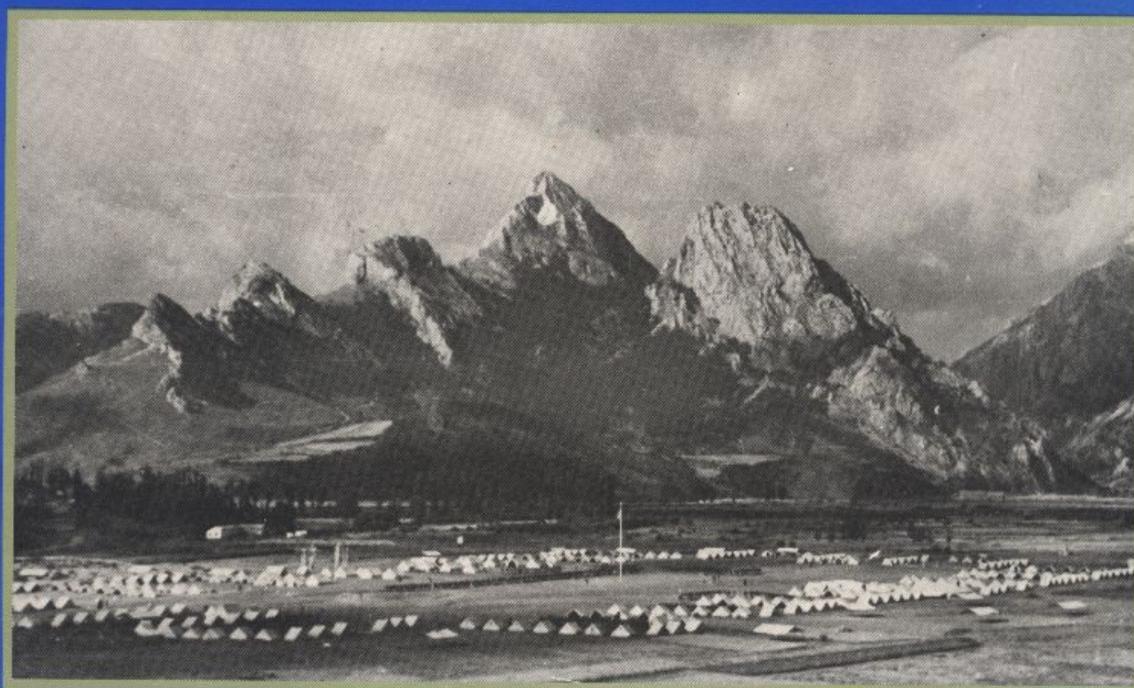
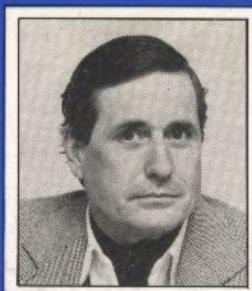
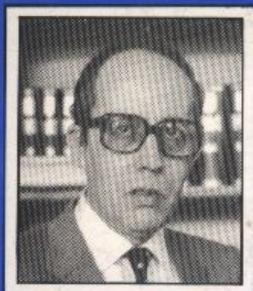
Audazmente, el autor de «Marcelino, Pan y Vino» plantea en «Jesús creciente» la vida posible de Cristo en el umbral de su adolescencia. En respuesta a la interrogante ¿puede «crecer» Dios? que plantea la aparente paradoja del título, el autor considera que no parece exagerado pensar que pueda hacerlo. Quien pudo «menguar» hasta hacerse hombre por amor, «Jesús creciente» aparece en el «Año Internacional de la Juventud» porque, como José María Sánchez-Silva pregunta en el preámbulo de esta narración literaria, «¿conoce alguien a otro Hombre más joven que Jesucristo Hijo de Dios, aun después de haber muerto y resucitado hace veinte siglos?»

P.V.P.: 1.200 pesetas

Colección: Narraciones juveniles. Núm. 2

En una tarea de búsqueda e investigación por toda clase de archivos; profesionales, unos; privados, otros, Antonio Izquierdo y Juan Blanco han conseguido reconstruir el álbum gráfico de las promociones de españoles que integraron la generación del Frente de Juventudes, la llamada generación perdida. De especial utilidad han sido determinados archivos privados, generosamente cedidos para los fines que se proponía esta obra, pero dada su amplitud temática no deseamos ignorar las aportaciones de hombres que, procedentes de la Organización —Menoyo, Poveda, etcétera—, han puesto a disposición de los autores documentos gráficos referidos a aquella época.

El formidable álbum ofrece imágenes vivísimas, elocuentes, de quince años de la vida del Frente de Juventudes: 1940-1955... Antonio Izquierdo y Juan Blanco han aportado la composición literaria, precisa, evocadora, informativa siempre, a este enorme retazo gráfico, en pura imagen, de una generación ejemplarísima de compatriotas. Los dos autores del libro ofrecen, junto con su propia creación, algo resueltamente decisivo: sus vivencias en la vida cotidiana de aquella Organización.



*En una tarea de búsqueda e investigación por toda clase de archivos; profesionales, unos; privados, otros, Antonio Izquierdo y Juan Blanco han conseguido reconstruir el álbum gráfico de las promociones de españoles que integraron la generación del Frente de Juventudes, la llamada generación perdida. De especial utilidad han sido determinados archivos privados, generosamente cedidos para los fines*

*que se proponía esta obra, pero dada su amplitud temática no deseamos ignorar las aportaciones de hombres que, procedentes de la Organización —Menoyo, Poveda, etcétera—, han puesto a disposición de los autores documentos gráficos referidos a aquella época.*

*El formidable álbum ofrece imágenes vivísimas, elocuentes, de quince años de la vida del Frente de Juventu-*

*des: 1940-1955... Antonio Izquierdo y Juan Blanco han aportado la composición literaria, precisa, evocadora, informativa siempre, a este enorme retazo gráfico, en pura imagen, de una generación ejemplarísima de compatriotas. Los dos autores del libro ofrecen, junto con su propia creación, algo resueltamente decisivo: sus vivencias en la vida cotidiana de aquella Organización.*